

Vayamos con él, a que nos muestre su casa, que eso ya será acercarnos a la fisonomía de la ciudad.

Es una pobre y vieja casa alquilada. Finjamos no reparar en ello. Él la encuentra hermosa, tan admirativamente, que siente lástima egoísta por otros niños a quienes supone menos felices. Comparte con su padre el dormitorio, donde algunos amarillentos grabados con escenas de los romances de Walter Scott le llenan de fantasías la cabecita, entre el compás del viejo reloj familiar. La casa está situada en medio de un barrio chato y callado, que es trasunto de la ciudad chata, atalayada a trechos por los campanarios parroquiales. La edificación deslucida se ha juntado en los aledaños del gran río del Este (veinte cuadradas escasas hacia los otros tres rumbos terrestres) y se pierde luego en salteadas quintas, polvorientos potreros y campo raso. El silencio nocturno, por recordado especialmente, ha de ser un obsesionante alerta en la emotividad suspensa del niño. Ha nacido en el declive temerario de la tiranía cruenta de Juan Manuel de Rosas. Las impresiones de su primera infancia habrán sido retazos malamente hilvanados de las conversaciones oídas a «los grandes»: tal cual pariente pudo haber sido pasado a degüello por las hordas mazorqueras. ¡Qué habría de extraño que en sus despertares de sobresalto, sin fronteras de tiempo, anhelantes, alucinados de aterradores bultos en la oscuridad, creyera ver detrás de la figura de Guy Mannering saliendo de los grabados de los muros, la aparición siniestra de hombres emponchados en rojo, entre un confuso entrechocar de dagas!

Cuando el día alboree sobre esos desvelos nocturnos, el niño de *La gran aldea* podrá luchar palmo a palmo por una morosa posesión de las sábanas. De conocer al niño de *Juvenilia*, hubiera tenido aplicación su lástima egoísta. Éste, ¡ay!, debe dejar la cama a las seis de la mañana, vestirse semidormido y formar en fila, tiritando, en el claustro glacial del Colegio. Para este niño, el amanecer

es un tremendo «ananké» duplicado en campana y portero. La campana, vencedora hasta de los cortes de sogas «a raíz del pelo». El garibaldino celador, más fuerte que «la pera de angustia» a lo Alejandro Dumas y con vistas a su real asfixia. Luego, desde el helado chapuzón en los lavatorios, el día será un largo ringlero de cárceles de aritmética, geografía, historia, geometría, física y gramática, y de cortas evasiones hacia los «recreos» del patio, que recibe los cuerpos lanzados con ímpetu de zambullida. Compensatorio del cotidiano programa de estudios fuertes, el riguroso sistema del tan exigente como talentoso *monsieur* Jacques ofrece el intervalo feliz del gimnasio. Aunque el trepar a pulso por la cuerda de nudos y el recorrer las paralelas en línea tensa de musculatura incipiente, no sean otra cosa que pretextos para poder digerir aquel pétreo almuerzo que Cané nos relata y nuestro estómago compadece.

Ése era, por entonces, el reducido espacio de mundo del niño de *Juvenilia*. La ciudad estaba para él fuera de los muros del Colegio y éstos eran impenetrables, prácticamente para los bienes de ella. Claro que todo llega. Y a él le llegaría la oportunidad, un día, de volver la oración por pasiva. Los muros se mostrarían vulnerables en sentido inverso —verdadero sentido— merced a la mágica llave de «Galerón». Entretanto, de la ciudad sólo acuden, puntuales, las campanadas del reloj del Cabildo, y eso para complicarse con las de la escuela en el sonoro e inexorable despertar. De la ciudad sólo quedaban unos recuerdos melancólicos que iban esfumándose: mimos maternos, buena comida, independencia.

¡Independencia!... Es la palabra textual que usa el autor. En su laconismo elocuente, parece abarcar topografía y panorama. Con ella, Miguel Cané liga decididamente a las remembranzas de su alma enclaustrada la exaltación de las calles ciudadanas que quedaron detrás del portón del Colegio Nacional. La llorada «independencia» perdida

por el estudiante, es la que conserva el libre niño de *La gran aldea* cuando el rosado día borra del todo el deleznable espanto de un desvelo nocturno. El chicuelo de López no tiene «días de salida» dependientes de la puntuación en conducta. El chicuelo de López puede sentirse dueño de las mañanas y las tardes; del patio casero, con el mundillo de su imaginación; de la calle bulliciosa, con la bandada amiga. Esguince fácil le hace éste a las disciplinas escolares, que libradas al albedrío privado, llegan a la mayoría de los muchachos rudimentarias y tardías. De ahí se aprecia la inteligente firmeza de la madre de Cané, que en las primeras visitas a su hijo en el Colegio derrama lágrimas silenciosas, pero no se deja doblegar por los ruegos desesperados del muchacho para que lo saque de allí.

Volvamos a los pasos del pequeño protagonista de la novela de López, que ya estamos cerca de una encrucijada alevosa de su destino, y de ella partiremos con él al corazón mismo de la ciudad antañera para recoger el pulso de sus arterias. El niño tiene diez años cuando un mal implacable consume a su padre y lo lleva a la tumba.

El manso tío Ramón —hermano del muerto— y su fiera consorte Medea Berrotarán recogen al huerfanito. ¿Qué quedó de su casa que él admiraba? Nada más que el desorden de una mudanza, el aire de grotesca melancolía que tenía el último trasto que se llevaron, el cavernoso eco que respondió al golpe de la puerta de calle cerrada sobre la desolación. Con estas sentidas reflexiones, que recuerdan a Dickens y están a su altura, termina el capítulo tercero de *La gran aldea*. Pero antes, en el contenido de ese capítulo, las impresiones objetivas de su pequeño personaje acaban de revelarnos valiosos detalles de la idiosincrasia bonaerense de aquellos años. Un huracán criterio aparece en las gentes para el trato de las cosas que se tenían por sagradas. «Mis parientes se dieron mucha prisa en enterrar a mi padre», dice el chico. Hay una desgarrada indiferencia, además, en el «tropel de gente» del cortejo y en

otros pormenores de ambiente. Circunstantes autómatas de un sepelio «con mucha prisa», se ponen graves por puro ritual y los suponemos «acompañándose en el sentimiento» por frase hecha. Las señoras presentes, una vez partido a escape el fúnebre séquito, se retrasan en el cotorreo de un chisme reciente, y la increíble tertulia se redondea con las vueltas de «copas de vino» y el «plato entero de bizcochos» que se engulle la tía Medea a pretexto de debilidad.

En tres párrafos se ha hecho la breve y helada descripción de un encogimiento de hombros del instinto vulgar ante el único trance solemne de la existencia humana. Eso sería un certero puntazo realista en cualquier novela. En la de López es algo más. Detrás del episodio desolado, con ese muerto que estorba, quitado de en medio a escape y sin réquiem, hay precisamente un agrio réquiem a la crecida aldea, la que era íntima, afectiva y sentimental, la que por entonces comienza a transformarse y a desaparecer.

El niño se asombra al ver tanta concurrencia en su casa, «donde tan pocas y raras personas nos visitaban»; dice. Es que la gente descubrió, de pronto, que Tomás Rolaz, el «empleado subalterno» muerto, era hermano de Ramón y, sobre todo, cuñado de la muy rica y muy dominante Medea Berrotarán. Una fortuna millonaria, la de esta señora, con la que había que estar en cumplidas relaciones.

Ante la vida de la ciudad, que desde el coloniaje venía haciendo su marcha a compás sosegado y con equilibrio de plano recto, se presentó la pendiente del medio siglo; que no estaba solamente en la teoría del calendario, sino también en la práctica del modo de andar. La pendiente del medio siglo implicó para las gentes de Buenos Aires una agitada necesidad de desembarazarse de trabas. ¿Cuáles eran esas trabas? Duele decirlo, porque está llena de ingratas revelaciones la auscultación de un pueblo que se transforma velozmente, escapado a su propia voluntad. Trabas eran los lazos que no estrechaban en el interés. La aceleración de la marcha aisló a las almas. Dió por inútil

la vinculación de la amistad pura. Empezó a moldearse la máscara del afanoso lucro. Se acentuó el peligro moral de la falta de homogeneidad racial. La antigua franqueza de los nativos, sus modales comunicativos, su generosidad hospitalaria, las mejores tradiciones de fraternidad humana, venían de los primeros pobladores hispanos. Mas ya apuntaba una inmigración constante y la universalidad de gustos, creencias y caracteres barría la peculiaridad de costumbres, desdibujaba el perfil familiar. Estaba en plena conformación un gran conjunto mixto que daría las notas vibrantes del progreso... y las sordas del mercantilismo. Acaso —y sin acaso— no exista en la historia del mundo un fenómeno de transformación parecido al de la Buenos Aires que va desde la caída de Rosas a la segunda presidencia de Roca.

La educación de la época se encontró, de pronto, con que tenía que andar a la par de la transformación progresiva. Vayan a cuenta de ello muchos tropiezos en la orientación. Aunque, por más vueltas que le demos, educar y regar tienen analogía; pues tanto influye el agua que se echa, como la tierra que la recibe. Los dos libros citados son buenos ejemplos. Enciclopédica era la educación en las aulas capitalinas de Jacques, donde estudiaba Cané adolescente. Sin método y rancia, como el provinciano caserón que la albergaba, era la que de los pintorescos maestros don Pío y don Josef recibía —luego de vivir un tiempo con sus tíos— el Julio Rolaz de la novela de López. El verdadero Miguel Cané (capaz de tocar nuestras más íntimas fibras y llenar nuestros ojos de lágrimas ante el cadáver del profesor Jacques, cuya mano yerta también hubiéramos besado) entró en la formación cultural que había de llevarlo a los promisorios destinos de una pléyade dorada y directriz. El inventado Julio Rolaz vegeta primero en la casa de la furibunda tía que se escandaliza si oye hablar de «librajos e idiomas», ateniéndose al veredicto de su correligionario, el muy suelto de cuerpo doctor Trevexo: «—*Todo eso no*

sirve para nada, señora. Enséñele usted a leer y escribir y deje usted al talento que se revele solo». De modo y manera que el muchacho ingresado a la escuela lejana a los quince años sabiendo apenas eso, leer y escribir, sería el futuro hombre mediocre, sin recursos mayores que los de la intuición, procurando sobresalir del rasero de la clase media con el apoyo indirecto de la posición de un tío y el apoyo ostensible de una amistad influyente. Automáticamente, desde chico, se encontró iniciado en esa carrera opaca. Un día, estará junto a la tonante tía, recorriendo tiendas de la calle Perú, en el papel bastardo de menos que sobrino y un poquito más que mandadero. Relegado a las calles del Bajo, con el sirviente mulato, en otro sonado día en que llegan las tropas de Pavón, para que no ocupe sitio ni moleste en los adornados balcones de la casa. Impelido secamente a que ofrezca su brazo a la bella Fernanda, en la noche de ese jubiloso día, saliendo de la velada de gala del teatro de la Victoria, cuando los miriñaques y los peinados «de bananas» necesitaban un sostén en pareja, para mantener el garboso ritmo del andar.

Naturalmente que ir al Bajo con el chusco mulato y dar perentoriamente el brazo a la adorable Fernanda, no eran desdichas a esa edad. Lo serían después para él, cuando se diera cuenta de que le arrumbaron en un desván de criados su porvenir; cuando comprendiera que en aquel prematuro disfraz de caballero de Fernanda, a la voz de mando de la Berrotarán, quedó signado para segundón del amor.

FRANCISCO GARCÍA JIMÉNEZ.

Aspectos de la sátira española

LAS COPLAS DE MINGO REVULGO

Nada es más grato que proyectar la atención fatigada por el trajín de la vida presente sobre las perspectivas lejanas de la historia.

GREGORIO MARAÑÓN.

Tristes recuerdos dejó el Gobierno del rey don Enrique IV de Castilla, no borrados por la benevolencia de su cronista y capellán Diego Enríquez del Castillo, ni por la excusa de ser males de los tiempos.

Descartando, por ser posiblemente exageradas, las tremendas acusaciones de Alonso de Palencia y sin entrar en comentarios sobre el repudio de la primera Reina ni menos en lo referente a la Beltraneja, triste episodio de la descendencia de la segunda, veamos lo que dice el cronista primeramente mencionado: «La mayor parte del tiempo lo distribuía en justas, convites, galas, juegos de cañas y correr toros», y nos cuenta también que «entre las damas de honor de la Reina figuraba doña Guiomar, de singular presencia y hermoso parecer, con la cual el Rey tomó pendencia de amores... La Reina puso en ella las manos, airadamente, y el Rey la mandó a que se aposentara a dos leguas de la Corte e iba muchas veces a la ver» (Crónica, Madrid 1787).

El gran historiador, padre Mariana, al referirse a Enrique IV, dice que «sus costumbres eran disolutas y la vida estragada en todas maneras de torpezas y deshonestidad. Usaba de extrema prodigalidad, haciendo mercedes de pueblos y derramando sin juicio los tesoros que

con codicia demasiada, juntaba. Era codicioso de lo ajeno y pródigo de lo suyo, vicios que de ordinario se acompañan. Faltóle la prudencia y la maña... ningún género de mal se puede pensar que no padeciese aquel reino en aquellos tiempos tan miserables: robos, muertes, agravios, deshonestidades y libertad para todo género de maldades... Las cosas sagradas eran menospreciadas, no menos que las profanas; la moneda o era falsa o baja de ley» (Ha. Gl. de España p.p. 63 y 104, T. II Madrid, 1678).

Estas críticas y algunas más fueron recogidas en coplas de autor desconocido, atribuidas entre otros a Rodrigo de Cota, siendo sus glosadores Hernando del Pulgar y Juan Martínez de Barros. Se intitulan «Coplas de Mingo Revulgo» y en ellas, a manera de égloga, dialogan dos pastores: Gil Arribato, el profeta, y Mingo Revulgo, el pueblo. Con agudeza de sátira pregunta el profeta al vulgo cuáles son sus motivos de tristeza, y éste responde que en el gobierno no hay justicia, fortaleza, prudencia ni templanza. Se concretan los cargos y el profeta, sin excusar al monarca, culpa en parte al vulgo por haber abandonado las virtudes principales: Fe, Esperanza y Caridad. Le incita a practicarlas y a llevar vida digna, valiente y moderada, tratando de no caer en la miseria, pero tampoco de aspirar a riquezas excesivas.

Son 32 las coplas y seleccionaremos la mitad, por tener más sabor añejo de la época.

Copla I

El profeta pregunta al pueblo los motivos de andar desaliñado, sin usar los domingos sus ropas de fiesta, y le inculpa de faltarle el vigor y la fuerza que debería tener:

*¡A Mingo, Revulgo, Mingo
A Mingo Revulgo, hao!
¿Qué es de tu sayo de blao?
¿No le vistes en domingo?*

*¿Qué es de tu jubón bermejo?
 ¿Por qué traes tal sobrecejo?
 Andas esta madrugada
 la cabeza desgredada
 ¿No te llotras de buen rejo?*

Copla II

El profeta continúa observando que el pueblo tiene marchito el color y encorvado el cuerpo, que falta unión y orientación entre los vasallos y le dice que así no puede defenderse, ni sabe a dónde está, ni a dónde deberá ir:

*La color tienes marcida
 el corpazón regibado
 andas de valle en collado
 como res que va perdida.
 Y no oteas si te vas
 adelante, o caratrás
 zaqueando con los pies
 dando trancos al través
 que no sabes do que estás.*

Copla III

El pueblo contesta que la culpa de su desaliento la tiene el monarca, a quien designa Candaulo (rey vicioso de Libia) que, en vez de preocuparse de los males soportados por su pueblo, anda divirtiéndose con gente liviana, sin frecuentar, ni considerar a los ancianos, cuyos consejos y experiencia debería aprovechar.

*Ala he, Gü Arribato
 se que en fuerte hora allá echamos,
 cuando a Candaulo cobramos
 por pastor de nuestro ható;
 Andase tras los zagales*

*por estos andurriales
 todo el día embebecido
 holgazando sin sentido,
 que no mira nuestros males.*

En las coplas IV y V describe el desquicio y las andanzas del monarca y con respecto a sus malas compañías dice en la

Copla VI

Que unos no respetan el cetro, algunos le toman el dinero, otros le estimulan a no usar sus vestiduras reales y, sin embargo, el Rey, consentido por la adulación, se dejaba manejar hasta por una lusitana, que le dominaba por completo, refiriéndose a doña Guiomar de Castro.

*Uno le quiebra el cayado
 otro le toma el zurrón,
 otro quitá el zamarrón,
 y él tras ellos desbabado.
 Y aún él, torpe majadero,
 que se precia de certero,
 hasta aquella zagaleja
 la de Nava Lusiteja
 lo ha traído al retortero.*

Copla VII

Se refiere a los tributos que paga el pueblo y a las rentas de la Iglesia despilfarradas con gente ruin, llena de tachas.

*La soldada que le damos
 y aun el pan de los mastines
 cómeselo con ruines,
 guay de nos, que lo pagamos*

*Y de cuanto ha llevado
Yo no lo veo medrado
Otros hatos ni jubones,
sino un cinto con tachones
de que anda rodeado.*

El pueblo maldice en la VIII a su pastor, que se burla del desastre y sigue en fiestas y música. En la IX se queja del abandono del ganado y carencia de justicia para castigar a los ladrones.

En la X culpa al monarca de estar «modorrado con el sueño» sin preocuparse de dar cuenta a nadie de sus actos, haciendo triste confusión entre cristianos, judíos y musulmanes, y llegamos así a la

Copla XI

Se refiere en ella a las consecuencias de la falta de las cuatro virtudes cardinales. La perra «justilla» es la justicia, que antes tenía el denuedo necesario para enfrentar aun a los leones y matar a la codicia.

Cuenta San Agustín, en una Epístola, que el sabio de Atenas Aristraton fué consultado por un senador sobre qué cosas eran necesarias para la felicidad de la Patria. Contestó: Justicia —y ¿qué más?, volvió a repetir: Justicia; nuevamente apremiado, volvió a insistir: Justicia.

Revolgo se queja de que ahora un simple conejo la corría y la tenía sojuzgada.

*Está la perra Justilla
que viste tan denodada
muerta flaca, trasijada,
juro a diez que, habrá manzilla:
Con su fuerza y corazón
cometía al bravo león
y mataba el lobo viejo,
ahora un triste conejo
te la mete en un rincón.*

Copla XII

En esta copla se refiere a la Fortaleza (Azerilla por la semejanza con el acero) que sufrió las tentaciones de los siete lobos (los pecados capitales), que antes no la pudieron vencer, pero ahora, con sus rodillas flojas, cae por tierra y no pudiendo resistir a las tentaciones, muestra todo su poder solamente contra los débiles.

*Azerilla que sufrió
siete lobos denodados
y ninguno la mordió,
todos fueron mordiscados.
Rape el diablo, el saber,
que ella se ha de defender:
las rodillas tiene flojas,
contra las ovejas cojas
muestra todo su poder.*

Copla XIII

La perra ventora significa la Prudencia, pues huele al viento desde lejos los peligros. Ahora está tan amodorrada que no se ocupa de los peligros que la amenazan.

*La otra perra ventora
que de lejos barruntaba
y por el rastro sacaba
cualquier bestia robadora;
Y las vereda sabía
a donde el lobo acudía,
y las cuevas raposeras,
está echada allí, en las eras,
doliente de modorría.*

Copla XIV

La templanza (Tempera) evita los excesos y por lo tanto los pesares que debido a ellos provienen. Se ha

perdido por los abusos de la codicia (la loba hambrienta) en la que comparten otras bestias, sin que el pueblo se aperciba.

*Tempera quita pesares
que corría concertado
reventó por los ijares
del comer desordenado:
Y no muerde, ni escarmienta
a la grande loba hambrienta
y aun los zorros y los osos
cerca de ella dan mil cosas
pero no porque lo sienta.*

Copla XV

Cuando faltan en el pueblo las virtudes, aprovechan los tiranos para cebar su codicia y como los lobos, acuden corriendo al oír el balido de las ovejas.

*Vienen los lobos hinchados
y las bocas relamiendo,
los lomos los traen ardiendo,
los ojos encarnizados;
los pechos tienen sumidos,
los ijares regordidos.
que no se pueden mover;
mas cuando oyen los balidos
ligero saben correr.*

Copla XVII

Sigue con el mismo tema la XVI y viene la XVII, en la cual culpa al necio monarca del desquicio general y también a la gente dividida (ovejas esparcidas), mien-

tras los Ayuntamientos (las mestas) no se ocupan de poner orden ni de tratar de corregir todos los males.

*¿No ves necio las cabañas,
y los cerros y los valles,
los collados y las calles
arderse con las montañas?
¿No ves cuán desbaratado
está todo lo sembrado,
las ovejas esparcidas,
las mestas todas perdidas
que no saben dar recaudo?*

Copla XVIII

Concluye Revulgo su respuesta enumerando los males que padecen. Los corderos son la gente inocente y sencilla; los carneros, las personas principales, y las ovejas, el pueblo en general. Los vedados, significa, según el glossador del Pulgar, «Las cosas sagradas que, asimismo están pacidas; conviene saber que recibían violencia». Las huertas de la villa son los privilegios y buenos usos de los pueblos. Esperilla proviene de Hesperia, nombre latino de España.

*Allá por esas quebradas
verás balando corderos,
por acá muertos carneros
ovejas abarrancadas:
Los panes todos comidos
y los vedados pacidos,
y aun las huertas de la villa,
Tal estrago en Esperilla
nunca vieron los nacidos.*

Copla XIX

En esta copla, el profeta contesta a Revulgo diciéndole que algo de culpa tiene por haber descuidado las virtudes

teologales: «Si enfotado fueses» significa: si tuvieres fe: «ardiente tierra»; es la Caridad que arde en amor a Dios; «Verdura» es la Esperanza. Por lo tanto culpa en parte al pueblo de los males que soporta, por aquello de «qual grey, tal Rey».

*Ala he Revulgo hermano
por los tus pecados penas.
Si no haces obras buenas,
otro mal tienes de mano.
Mas si tú enfotado fueses,
y ardiente, tierra pacieses,
y verdura todo el año,
no podrías haber daño
en el ganado, ni en mieses.*

Copla XX

Continúa su réplica Arribato, acusando al pueblo de haberse inclinado a los vicios, pues quien duerme de pechos mira a la tierra con los siete pecados mortales («siete horas»), y le incita a reaccionar levantándose: «tornando a buen manzo», o sea apartándose del mal y convirtiéndose al bien, agregando que en el caso de no enmendarse le vendrán males peores.

*Mas no eres envisado
en hacer de tus provechos,
echaste a dormir de pechos
siete horas amortiguado:
Torna, tórnate a buen manzo,
inhiestate ese dorpanzo,
porque puedas revivir,
sino teme que el morir
te verná del mal relanzo.*

Copla XXI

Comentando el glosador esta copla, expresa que, a causa de la división y pecados del pueblo, la tierra «padecía de robos y latrocinios, tantos y tan grandes y tan comunes, pero que Dios, remediador en los extremos infortunios, movido más por la misericordia que por la enmienda del pueblo, le dió por su reina doña Isabel, hija del rey don Juan el segundo, que casó con el rey don Fernando de Aragón, por cuya diligencia y gobernación, en muy poco tiempo se convirtió toda la soberbia en mansedumbre, y todas las guerras en paz y sosiego».

El reino —agrega— «gozó de seguridad, y la justicia cobró fuerzas, tanto, que aquellos que más habituados estaban a hacer soberbias y delitos, vivían tan humildes e iguales, que aun no osaban decir palabras deshonestas».

*Si tú fueses sabidor,
y entendieses la verdad
verías que por ruindad,
has habido mal pastor:
Saca, saca de tu seno
la ruindad de que estás lleno,
y verás como será,
que este se castigará
o dará Dios otro bueno.*

En las coplas siguientes enumera los males que podrían sobrevenir al pueblo si no se enmendara: guerra, pestes y tempestades. Termina en la XXXII aconsejando no pretender exageradas riquezas ni posiciones, porque:

*Cuido que es menos dañoso
pacentar por lo costero,
que lo alto y hondomero
juro a mí, que es peligroso.*

Posiblemente nuestro poeta, el gran señor de las pampas don José Hernández, en su «Martín Fierro», se ha de haber inspirado en esta copla, cuando, con profunda filosofía, aconsejaba que:

*El que gana su comida
bueno es que en silencio coma,
Ansina vos ni por broma
quieras llamar la atención
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma.*

La historia se repite y por eso nunca pierden actualidad las observaciones de tiempos pretéritos.

No pretendamos andar «por lo alto» y evitemos caer en «lo hondonero» ahora que es necesario ayudar para remover escombros y reconstruir la casa, tambaleante por haberse aflojado los cimientos.

Tiempos son de sacrificios colectivos, cuando hay que pagar los platos rotos, sin contar con reservas que se despilfarraron. Previo a todo es reponer las bancas, a fuerza de privaciones, trabajando, exportando más e importando menos, para tratar de arreglarnos con lo nuestro.

Es indispensable, también, frenar ambiciones de predominio, tanto de arriba como de abajo, y contener ansias de figuración y de dinero. De lo contrario peligramos caer en el caos, y entonces, el «cimarrón» potro vigoroso de nuestras pampas, podría perder la libertad preciosa de correr altivamente, con la crin al viento, por los dilatados y fértiles campos de la patria, que se formó con cruentos sacrificios de nuestros mayores.

CARLOS A. PUEYRREDÓN.

Conceptos sobre Glaciarismo Cuaternario

I. — CONCEPTOS FUNDAMENTALES SOBRE GLACIARISMO

Se comprende, con la designación de *Glaciarismo*, al conjunto de fenómenos físicos que determinan modificaciones de relieves, motivadas por grandes masas de hielo o de nieve perpetua, y se denomina *glaciar* a las masas de hielo, dotadas de movimiento, por las que son transportados diversos materiales hasta grandes distancias.

En un glaciar típico podemos considerar tres partes, a saber: la cuenca de recepción; el valle o canal y el frente del glaciar.

Para que pueda originarse un glaciar típico es preciso suponer la existencia de una gran cuenca de recepción o de acumulación y un canal de deslizamiento. La nieve precipitada en las cumbres y en grandes masas, baja hacia las cuencas donde se acumula en gran cantidad y luego se comprime por su propio peso. Debido a la presión de la nieve que va cayendo, avanza por el valle estrecho y, a medida que desciende, llega a convertirse en una masa de hielo compacto, sin burbujas de aire, casi transparente y de color azulado por reflexión de la luz solar.

Con la finalidad de comprender lo expresado precedentemente, damos a continuación la descripción de un glaciar de montaña o *glaciar alpino*.

En un glaciar de *tipo alpino* se distinguen dos partes: un *campo de neviza* en la parte superior donde se acumula la nieve y la *lengua del glaciar*, constituida por hielo de glaciar, que desciende a lo largo de los valles.

El campo de neviza no es, en realidad, un campo de nieve y tanto es así que una grieta más o menos continua la rodea, que se denomina *rimaya*. Esta rimaya indica el lugar donde el hielo, formado por compresión en el campo de neviza, se desprende de la roca a la cual está adherida y comienza a deslizarse hacia abajo.

El perfil transversal del campo de neviza es ligeramente cóncavo y su pendiente es débil. En cambio, el perfil transversal de la lengua del glaciar es ligeramente convexo y con una pendiente general sensible, que depende en gran parte del relieve sobre el cual se desliza.

El campo de neviza es, por lo tanto, una zona de condensación o de alimentación, y la *lengua del glaciar* es una zona de fusión o de *ablación*. Las dos partes se complementan y su rol consiste en desalojar de la alta montaña el exceso de nieve.

Lo expuesto se cumple debido a la plasticidad del hielo, la cual le permite deslizarse lentamente desde la rimaya, que marca el punto donde el hielo se desprende y comienza su movimiento de descenso hasta la extremidad de la lengua. Pero no sólo es el hielo el que desciende, sino también una gran cantidad de detritos o de escombros de las rocas del relieve elevado que se depositan a lo largo del glaciar constituyendo así, las denominadas *morenas*.

El avance del glaciar da origen a grietas de diverso tipo. En general, en el campo de neviza, estas grietas son paralelas al borde, pero en la lengua son casi siempre transversales. En el extremo inferior de la lengua, que es donde el glaciar se abre, se forman grietas longitudinales. Donde la pendiente de la superficie del glaciar es fuerte, se forman grietas que tienen un aspecto general de cascadas.

Los glaciares se pueden dividir en glaciares de montaña y glaciares continentales. Para los primeros suelen aplicarse también los nombres de glaciares alpinos o glaciares de valle, por cuanto su extensión es limitada estando su

presencia vinculada con el relieve de altas montañas que alcanzan o sobrepasan el nivel de las nieves persistentes.

Casi todos los glaciares conocidos fuera de las regiones polares, son glaciares de montaña, tales como los que se observan en el relieve elevado andino de la Cordillera de los Andes en nuestro país.

II. — DESCRIPCIÓN DEL GLACIAR ALPINO

Los glaciares del tipo alpino consisten esencialmente en cursos de hielo. Difieren de los ríos por la mayor dimensión total del valle. Por lo demás, la erosión de un glaciar alpino es más activa en la parte media de su longitud, donde dos o más glaciares se juntan más bien, que en las partes más bajas, donde el movimiento cesa y se pierde todo el poder erosivo. En consecuencia, es más o menos por la mitad de su curso que los glaciares profundizan su cuenca.

La *topografía preglaciar* muestra montañas redondeadas, siendo raros los picos o formas agudas. En efecto, los valles son típicamente estrechos y tienen sección transversal en forma de V. Durante la glaciación el valle precedente sirve de canal de drenaje al hielo, arrastrando lentamente grandes volúmenes de rocas que previamente eran arrastradas por los ríos. Cerca de las cumbres existen zonas que se llenan de nieve, que se va transformando en hielo de glaciar y las lenguas del ventisquero pueden bajar en diversas direcciones.

Los glaciares muestran mucho más poder erosivo que los ríos en su curso superior y es por ello que, en las partes elevadas del glaciar producen una disminución del relieve y forman anfiteatros o circos glaciares.

La desaparición posterior del hielo, por cambios climáticos o por otros motivos, deja impresadas en el relieve una serie de formas características. En primer término, los

valles estrechos de origen fluvial están cortando, en su parte superior, un relieve que corresponde a montañas que no poseen formas redondeadas sino que predominan, en su relieve, puntas y formas agudas o angulares en general. Las líneas divisorias en el paisaje juvenil fluvial están constituidas por crestas agudas o aristas. La forma de V característica del valle fluvial, debido a la acción del glaciar se va modificando, tomando en su sección transversal forma de artesa, en U. Los valles secundarios tributarios, no habiendo sido erosionados como los valles glaciares principales, se hallan a un nivel superior y las aguas postglaciares bajan en forma de saltos y cascadas.

Los valles afluentes que se encuentran en tal posición, es decir a un nivel más elevado que el valle del glaciar principal, llevan el nombre de *valles colgantes*.

En el paisaje de origen glacial es frecuente la presencia de lagos, existiendo pequeños lagos en la parte baja de los circos y otros, que son alargados, ocupan la parte baja del valle glacial.

El ensanchamiento de los valles, debido al glaciar, tiende a producir lateralmente formas casi verticales en las paredes laterales y, como corta los cerros en esta forma, se presentan las paredes terminales, en su parte superior, con formas triangulares. Esta condición inestable origina una erosión violenta en los primeros tiempos postglaciales y, tanto es así, que los derrumbes de material de rocas son muy comunes en este relieve glacial típico.

Puede ocurrir, por otra parte, erosión glacial debajo del nivel del mar. Es el caso de los fiords que, por regla general, se encuentran solamente en latitudes elevadas y nunca cerca de los trópicos. A pesar de que algunos hombres de estudio han supuesto que dichos valles constituyen valles sumergidos, es actualmente creencia prácticamente universal que los fiords son simples canales o valles de origen glacial, erodados por el hielo de glaciares debajo del nivel del mar.

Tales son los conceptos fundamentales del glaciario alpino o andino y, en lo que sigue, consideramos el denominado *Glaciario Continental*.

III. — GLACIARISMO CONTINENTAL

Los glaciares continentales se encuentran en las regiones polares cubriendo áreas muy extensas. Y ello es debido a que, en altas latitudes, el límite de las nieves persistentes está tan bajo del nivel del mar, que permite formar vastas *calotas glaciales*.

Los ejemplos de glaciación regional más grandiosos están representados por la Antártida y por Groenlandia. Los contornos de Groenlandia son conocidos a grandes rasgos y se ha reconocido que el hielo llega, en casi todas partes, al mar, dejando solamente al descubierto una zona estrecha donde hay precipitaciones de nieve. Esta calota de hielo tiene más de 2.500 metros de altitud media y la roca desnuda aparece solamente en partes marginales, formando los afloramientos rocosos que llevan la denominación de «Nunataks».

El relieve de la Antártida es mucho mayor —en extensión superficial— que el de Groenlandia y su ambiente climático es más uniforme por la gran superficie de hielo que la cubre. Por de pronto, corresponde destacar que en la Antártida, el nivel de las nieves persistentes, está cerca o en el propio nivel del mar y no hay que asombrarse que el hielo desborde en el mar en forma continua, en las direcciones donde el drenaje está orientado principalmente sobre la plataforma continental. Las barreras de hielo flotante, así formadas, constituyen el fenómeno más notable de la Antártida.

En términos generales puede afirmarse que el trabajo erosivo del hielo continental, origina superficies pulidas, rocas aborregadas, surcos glaciales y estrías principal-

mente. Por otra parte, grandes cantidades de suelo residual son transportadas a grandes distancias. Cuando este tipo de glaciación ha estado confinado en amplios valles, tales como los que actualmente están ocupados por los Grandes Lagos de Norte América, la presión del hielo glacial fué sin duda de gran magnitud.

Entre los depósitos dejados por glaciares continentales deben considerarse las morenas, que son más pequeñas que las originadas por los glaciares alpinos, pasando raramente de 30 a 40 metros de altura, mientras que las últimas pueden alcanzar alturas hasta diez veces mayor. En cambio, los depósitos de hielo continentales están muy diseminados y varían de edad y carácter.

La estructura interna de los depósitos glaciales indica los diversos avances y retrocesos y sirven, por lo tanto, como medio principal para determinar la duración de los períodos interglaciales.

IV. — CAUSAS DE LA GLACIACIÓN CONTINENTAL

Es un hecho comprobado que, en el pasado geológico de la Tierra, hubieron glaciaciones de carácter continental en diversas épocas y con distinta distribución. La emergencia extendida de áreas terrestres dió origen a grandes variaciones de orden climático.

En efecto, los océanos y otros cuerpos grandes de masas de agua originan uniformidad climática y, tanto es así, que actualmente se considera que las primeras glaciaciones geológicas están relacionadas con grandes áreas de tierras. Sin embargo, la última gran glaciación no afectó a Siberia ni al norte de Asia que constituyen, en conjunto, la mayor área firme del globo terrestre, estando dotada con los climas más extremos. En cambio, en Europa la glaciación bajó hasta el mar y se ha verificado que, muchos depósitos de origen glacial y marino, aparecen intercalados alternativamente.

La elevación de las tierras originó límites extremos de temperatura y también precipitaciones abundantes, dando origen a la glaciación de tipo alpino, pero no tomó parte en la formación de los potentes mantos de hielo continental que cubrieron Europa y América del Norte, que se acumularon más bien en las zonas bajas que en las elevadas del relieve respectivo.

El cambio en dirección y volumen de las corrientes oceánicas modifica fácilmente el clima y ha sido probablemente uno de los factores que originaron la glaciación en Europa, pero no existen aún pruebas suficientes como para poder afirmarlo en forma concluyente.

Se han sugerido, por otra parte, ciertos fenómenos atmosféricos como origen del hielo continental. El aumento de anhídrido carbónico en la atmósfera produce climas templados por cuanto actúa, lo mismo que el vapor de agua, como una cubierta que impide la radiación del calor desde la Tierra. En este sentido se supone que los extensos mares originan un aumento de anhídrido carbónico por cuanto permiten la deposición de grandes cantidades de calcáreos debido a la actividad orgánica extrayendo, de tal manera, grandes cantidades de anhídrido carbónico de la atmósfera. El anhídrido carbónico en el agua es el principal factor que permite al agua retener calcio en solución y, cuando el calcio es retirado, el anhídrido carbónico se desprende.

Por otra parte, áreas extensas de tierras con su vegetación causan una disminución del contenido de anhídrido carbónico en la atmósfera. Por lo tanto, *mares extensos favorecen los climas templados* y las grandes áreas de tierra firme favorecen los climas extremos.

Un exceso de ceniza volcánica en la atmósfera impide, en cierta forma, la acción del calentamiento de las tierras por los rayos solares y por tal motivo las temperaturas son menores.

Finalmente, diversas causas de orden astronómico, tales como la variable radiación solar, la precesión de los equi-

noccios y el desplazamiento de los polos pueden haber tenido influencia en el origen de la glaciación continental. Pero todo ello es aún hipotético no habiendo adquirido el rango de teoría demostrada.

V. — DEPÓSITOS FLUVIOGLACIALES

En el texto que sigue se da a conocer una breve descripción de los depósitos fluvioglaciales que originan características típicas sobre el relieve.

En primer término se hace notar que las morenas terminales forman dilatadas zonas constituídas por colinas, muros y taludes morénicos de formas variadas, con lagos intermedios entre dichas formaciones.

Las morenas terminales se formaron precisamente donde el frente del glaciar permaneció largo tiempo inmóvil y, al fundirse las masas de hielo, se depositaron bloques y sedimentos de las morenas de fondo.

Los arcos que determinan las alineaciones de bloques de la morena terminal indican la forma lobulada que tenía el borde del glaciar.

Más arriba de los arcos morénicos finales se hallan los mantos de las morenas de fondo. Estas morenas forman capas de superficie ondulada o constituyen colinas, pero a veces se presentan como mantos llanos, sobre los cuales se elevan un cierto número de colinas, que tienen forma de domos redondeados u ovals que se denominan «drumlins». Estos relieves parecen haberse formado bajo el manto del inlandsis por la presión del hielo o bien por depósitos formados por el agua de fusión.

En la zona delantera de las morenas terminales se desarrollan extensos taludes de gravas de suave pendiente que se denominan «sandres» y que son fisiográficamente *terrazas fluvioglaciales*. Se forman por depósitos de los materiales arrastrados por los ríos glaciales, que brotan

del borde del glaciar, los que, extendiéndose por vertiente del terreno se entremezclaron formando amplios conos de eyección y taludes constituídos por cantos rodados gruesos, arena y barro fino.

El geólogo A. PENK, estudioso del antepaís alpino, ha ideado el esquema demostrativo de la morena terminal que deja en su interior el paisaje de *drumlins* y en el exterior, el de terrazas fluvioglaciales.

Finalmente, las barrancas glaciales se formaron debido a las corrientes de agua procedentes de la fusión del hielo, que salían más o menos paralelas al borde del glaciar. Estos barrancos glaciales se encajonaron en las morenas de fondo, rellenándose con arena de grano fino.

Tanto los barrancos como los sandres son seguramente de origen fluvioglacial, mientras que las morenas de fondo y las terminales son debidas a masas de tierra y piedras que el inlandsis arrastraba incluidas en sus capas inferiores y que constituían su morena de fondo.

Al disiparse el glaciar estas masas quedan «in situ» y se forma toda una topografía típica, con calderas cerradas y largos canales que, con frecuencia, están ocupados por lagos, rocas aborregadas de forma irregular y depresiones que a veces, cuando el desagüe está muy obstruido, se llenan con agua dando origen a lagos de contorno muy irregular.

Los países afectados por la acción erosiva de los glaciares recubiertos por sus depósitos ocupan extensiones enormes en el norte de Europa y de América, mientras que faltan en el norte de Asia o están limitados a las montañas.

En la Antártida, lo mismo que en Groenlandia, el inlandsis oculta la superficie del terreno o lugar de su acción erosiva, en su casi totalidad.

VI. — LA DEPOSICIÓN GLACIAL: MORENAS Y DRUMLINS

Se designa con el nombre de *morenas* o *morrenas*, a las acumulaciones de detritos o escombros transportados por

los glaciares. Los glaciólogos han convenido extender la acepción del vocablo a todos los depósitos originados por glaciares. Se ha realizado una clasificación racional de las morenas, que ha sido establecida por la Comisión Internacional de Glaciares, cuyos principales tipos se indican a continuación:

Las morenas se pueden subdividir en dos tipos fundamentales: *morenas en curso o en movimiento* y *morenas depositadas*. Las morenas en curso son las que en la actualidad están activas y transportan los glaciares, formando parte integrante del glaciar.

Cuando los materiales detríticos son arrastrados hasta la región donde se verifica la fusión del hielo, su movimiento cesa dando origen a las *morenas depositadas* que son tanto más accesibles a la observación cuanto más intensa es la fusión, lo cual se presenta de un modo característico y en mayor escala, en las fases de retroceso o retracción del glaciar.

En la primera categoría de morenas en curso se distinguen: *morenas superficiales*, *morenas internas* y *morenas inferiores o de fondo*.

Las morenas superficiales se forman por la caída, sobre la superficie del glaciar, de materiales rocosos originarios de las partes más elevadas, que rodean la cuenca de recepción o la lengua del glaciar. Estos detritos, sobre la superficie, siguen las mismas trazas que el hielo infrayacente estando compuestos, en general, por trozos angulosos de rocas más o menos alteradas.

Es evidente que la acumulación mayor se halla en los bordes, dando origen a las denominadas *morenas laterales*. También se hallan, en la parte media del glaciar, arrastres de detritos que constituyen las *morenas centrales o medianas*, formadas generalmente por la confluencia de morenas laterales de glaciares confluentes.

Las *morenas internas* están formadas por detritos rocosos caídos sobre la superficie del campo de neviza o bien

por detritos que han penetrado por las grietas en la zona de ablación.

Las *morenas de fondo*, derivadas en parte de las morenas internas y en parte de la erosión del lecho rocoso del glaciar, están constituidas por un barro helado con rodados. Arrastrada por el movimiento del hielo, contribuye a la erosión del lecho como los aluviones del fondo de los ríos.

Los rodados de las morenas internas, pero sobre todo de las morenas de fondo, sufren un desgaste por frotamiento y por compresión que les da un aspecto muy diferente al de los trozos angulosos de las morenas superficiales. Estos rodados, de morenas de fondo especialmente, son pulidos y estriados y este hecho permite, en cierto modo, la clasificación de las morenas depositadas. Sin embargo, suele ocurrir también que en los grandes puedan encontrarse morenas superficiales con bloques estriados.

Debido a la fusión del hielo en la zona de ablación pueden reaparecer, en la superficie, las morenas internas y este hecho explica el porqué del enriquecimiento progresivo de las morenas superficiales en la extremidad de los grandes glaciares.

Las *morenas depositadas* derivan de las morenas en movimiento. Las morenas laterales, abandonadas por los glaciares en retroceso, forman crestas estrechas con aspecto de murallas o barreras, que suelen alcanzar una altura hasta de 30 metros sobre los glaciares actuales. También debemos considerar las *morenas frontales* que se forman precisamente en la parte delantera del glaciar.

Las morenas internas y las de fondo acumulan, delante de los glaciares en período de retroceso, escombros constituidos por bloques mezclados con lodo y abandonados en la superficie del suelo por fusión del hielo que constituía el glaciar.

VII. — LA GLACIACIÓN DEL CUATERNARIO Y SUS ETAPAS

Durante el período glaciario del Cuaternario estuvieron cubiertos por hielo extensas regiones y mares, mostrando las primeras formas superficiales y depósitos de indudable origen glaciario. La presencia de grandes bloques de rocas extrañas a la región, en las llanuras del norte de Alemania o en el borde de los Alpes, llamaron la atención de los primeros geólogos, pero ello fué atribuído al transporte por témpanos que flotaron en un antiguo mar. Esta hipótesis explica el nombre de *bloques erráticos* que aun se aplica para designar los bloques mayores de antiguas morenas y el de *diluvium* o *diluvial*, aplicado al conjunto de los depósitos cuaternarios de origen glaciario.

Posteriormente, dicha teoría fué abandonada y se demostró que los depósitos cuaternarios del norte de Alemania septentrional, correspondían a morenas de una enorme calota glaciaria que cubría Escandinavia y desbordaba sobre la Europa Central. La misma explicación ha sido extendida a los depósitos cuaternarios de América del Norte. Hoy día, gracias a los numerosos estudios realizados por especialistas en glaciología, conocemos la extensión de los glaciares cuaternarios con mayor exactitud que los de los mares de épocas anteriores.

Los principales centros de la glaciación cuaternaria se hallan en el Hemisferio Norte, debido a que se han conservado los restos de antiguos continentes circumpolares.

Las tierras estaban cubiertas por calotas de hielo de varios centenares de metros de espesor que desbordaban sobre las tierras bajas, los lagos o en los mares vecinos, poco profundos. El Labrador y las elevadas costas de la bahía de Hudson, Escocia y Escandinavia fueron los principales centros de dispersión de tales inmensos glaciares. También, montañas de más de 1.000 metros de altitud en la zona templada, fueron invadidas por la glaciación; se-

gún su altura media y la sequedad más o menos grande del clima, las regiones donde se elevaban quedaban cubiertas casi enteramente. Así ocurrió con los Alpes, el Cáucaso, una parte del Himalaya y los Pirineos, el norte de las Montañas Rocosas o bien fueron ocupadas solamente por glaciares locales menos extensos, como los Vosgos, Riesengebirge y los Cárpatos.

La exploración de las altas cumbres de las regiones actualmente cálidas ha revelado indicios ciertos de antiguos glaciares, que descendían a un nivel inferior al de los glaciares actuales.

Los glaciares de los Andes, a la latitud del Ecuador llegaban hasta los 3.700 metros sobre el nivel del mar y los de Kilimandjaro hasta 4.000 metros. En el Ruventzori se hallaron morenas antiguas hasta más o menos 1.500 metros sobre el nivel del mar.

El glaciario no ha sido continuo después del final del Plioceno. Los glaciares actuales manifiestan oscilaciones periódicas y es probable que debió ocurrir lo mismo con los glaciares cuaternarios.

Los estudios de geólogos y paleontólogos en los Alpes, Alemania del Norte, Inglaterra y Estados Unidos de Norte América, han determinado que dichas oscilaciones han ocurrido varias veces hasta la desaparición casi completa de los glaciares. Entre las capas de depósitos glaciares se encuentran intercaladas una flora y una fauna que denotan un clima vecino al actual y aún más caluroso y seco.

La extensión de los glaciares no ha sido el único cambio grande debido al enfriamiento en el Cuaternario. Todo el régimen hidrográfico fué modificado, en las regiones calientes, donde la evaporación era notablemente reducida y donde los cursos de agua podían tener gasto (caudal) más fuerte y constante.

Según recientes trabajos, el área máxima cubierta por los glaciares habría alcanzado a 41.000.000 de km², con un volumen de 70.000.000 de km³ de hielo, o sea un volumen

que supera en 50.000.000 de km³ al de los hielos actuales. Tal hecho representa una disminución de 130 metros del nivel de los mares. La última glaciación, con una superficie menos grande y con un volumen igualmente inferior, habría significado una disminución de 90 metros. El cálculo nos demuestra que la fusión total de los glaciares actuales levantaría, el nivel oceánico, de 40 metros, más o menos.

Cambios postglaciales. — La desaparición de los glaciares fué seguida de numerosos cambios de detalle en los contornos de los continentes. El hombre ya habitaba en Europa entre los dos últimos períodos glaciares.

La configuración del norte de Europa ha sufrido posteriormente cambios notables. Un mar con *Voldia*, molusco ártico, mucho más extenso que el Báltico actual, cubría Finlandia y una gran parte de Suecia, comunicando con el Mar del Norte. Esta transgresión se explica por la lentitud con la cual el suelo, cediendo bajo el peso de la calota glacial, ha retornado a su posición primitiva y, por el levantamiento del nivel oceánico, a continuación del regreso de las aguas fijadas por los glaciares. El levantamiento del terreno ha terminado por aislar un lago con *Ancylus*. El Báltico quedó transformado en cuenca lacustre, pero una nueva transgresión restableció la comunicación con el Mar del Norte por los Estrechos del Sund danés, formando un mar con *Littorina*, molusco marino más o menos idéntico al del Báltico actual.

En América del Norte se registraron una serie de cambios análogos. El mar avanzó más allá del golfo de San Lorenzo hacia el continente, al mismo tiempo que la costa de Maine estaba sumergida.

Las antiguas terrazas de los lagos laurénticos son testimonio de los movimientos de conjunto que habrían proseguido hasta la época actual.

A la desaparición de los glaciares corresponde, en la zona caliente, una degradación de la hidrografía. La eva-

poración aumenta; el caudal de los cursos de agua es menor y más irregular, los lagos desaparecen y el modelado desértico ocupa vastas extensiones. Al mismo tiempo, la elevación del nivel de los mares ha anegado todas las desembocaduras de los cursos fluviales e inaugurado, así, un ciclo de evolución litoral cuyo desarrollo lo observamos hoy día.

Todos estos acontecimientos deben ser considerados como la liquidación de los fenómenos ocurridos, en la gran crisis climática del Cuaternario, sobre el relieve terrestre.

VIII. — LA GLACIACIÓN CUATERNARIA EN LA ARGENTINA

La glaciación cuaternaria tuvo su importancia en el actual ambiente argentino sudamericano, habiendo estado su sede principal en la cordillera y avanzando, en varias etapas, fuera de la órbita de la misma. Las etapas del avance o del glaciario estuvieron separadas entre sí por *etapas de retroceso*, llamadas *interglaciales*. La expansión del hielo fué siempre mayor en el sur de la Patagonia que en el norte de nuestro país y dependía su mayor desarrollo de la dirección predominante de los vientos, que era la misma que en nuestros días.

Las masas aéreas principales que pasan sobre el territorio argentino son: la Atlántica y la Pacífica. La masa aérea ecuatorial Atlántica entra al continente por el N.W. del Brasil y alcanza la Cordillera Oriental de Jujuy y Salta, con rumbo N.N.E. - S.S.W. Al internarse entre las elevación del nivel de los mares ha anegado todas las desembocaduras de los cursos fluviales e inaugurado, así, bientes orientales de estas cadenas, mientras que a los occidentales llega poca humedad.

La zona marginal de esta masa aérea se distingue por una faja de tormentas estivales, casi diarias, que se desencadenan en las grandes alturas, pero no dando lugar a

precipitaciones coherentes sobre extensiones grandes. Esta zona de tormentas se extiende desde el sur de Tucumán, siguiendo por las sierras de la Huerta, Pie de Palo, sur de la precordillera, las primeras cadenas de la cordillera de Mendoza y luego describe un arco convexo hacia el S.W. para abandonar el continente en la región de Bahía Blanca. Conforme a este régimen de precipitaciones, el desarrollo de la glaciación en las primeras cadenas del norte, fué mayor que en las cadenas interiores.

A partir del eje de la cordillera del norte de San Juan se hace sentir, aunque débilmente, la influencia de las masas de aire procedentes del Pacífico. Hasta una latitud de 37° sur, su invasión es sólo periódica y sobre todo invernal y se produce cuando se extienden bajas presiones marcadas sobre las llanuras argentinas. Las precipitaciones son invernales y los glaciares cuaternarios se alimentaron con masas de nieve caídas sobre el cordón limítrofe y en su inmediata vecindad oriental. En nuestros días, la cordillera del límite con Chile, ubicada en la cabecera del río Atuel, lleva una cubierta notable de hielo, a pesar de tener una altura máxima comprendida entre 5.400 y 4.300 metros sobre el nivel del mar.

Al sur de los 39° de latitud Sur, corren los vientos permanentes del Oeste en invierno y en verano produciendo una precipitación muy abundante, hasta de 6.000 milímetros por año en la ladera occidental. Es por ello que la extensión de los glaciares cuaternarios era mayor, en el flanco occidental de la cordillera patagónica que en su lado oriental y, donde la altura disminuye hacia el Sur, la expansión de los hielos fué muy considerable. Los rastros de las primeras glaciaciones son muy borrados. En la Patagonia extraandina se encuentran sus aspectos en la Pampa del Castillo a una altura de 800 metros sobre el nivel del mar.

En el valle del río Chico, que es vecino, no existen rastros de depósitos morénicos y de ello concluimos que la

región ha sufrido un ascenso de centenares de metros en tiempos posteriores a dicha glaciación y que el valle de río Chico, como el de otros, ha sido recortado posteriormente como consecuencia de dicho ascenso y en etapas. Tales ascensos pueden observarse también en la región del río Diamante, entre la Cordillera y la Sierra Pintada (600 metros) y en el río Colorado, al Este del meridiano 69°30'W (1.200 - 1.300 m.); en la Pampa Central (130 m.), etcétera. En el tiempo de su mayor extensión, los hielos se extendieron fuera del continente actual por sobre la plataforma continental, situada frente a las provincias de Chubut y Santa Cruz, sin contar Tierra del Fuego, enlazándose con los hielos de las islas Malvinas y cubriendo más de 1.000.000 de kilómetros cuadrados.

Fuera de los dos ambientes australes citados, las glaciaciones posteriores quedaron confinadas a la Cordillera y a las primeras alturas antepuestas, como puede verse en el mapa publicado por CALDENIUS. En la mitad Norte de la Argentina extraandina, se acumularon, en el Cuaternario, grandes masas de depósitos eólicos de loes pampeano.

A las épocas interglaciales corresponden ingresiones marinas en la costa de la provincia de Buenos Aires, que se designan con los nombres de «Intersenedense», «Belgranense», «Lujanense» (que se conoce solamente en facies lacustre) y «Querandino» a que corresponden los bancos de conchillas a orillas del Río de la Plata y bien desarrollados, por ejemplo, entre La Plata y Magdalena.

Los estudios sobre glaciaciones cuaternarias, en la Patagonia, han sido llevados a cabo especialmente por CALDENIUS, pero estudios anteriores se deben a Francisco Moreno (1899) y Otto Nordenskjöld (1898).

Moreno fué el jefe de la Comisión de Límites entre la Argentina y Chile, y actuó en tal misión en el lapso de 1892 - 1898. Dirigió y efectuó relevamientos topográficos sobre la región de la cordillera patagónica entre las latitu-

des 38°S y 52°S. El principal resultado de dichos relevamientos, en el sentido geológico del Cuaternario, fué el de demostrar que la línea divisoria de las aguas se halla, en gran extensión, al Este de las altas cumbres de la Cordillera y que dicha línea sigue sobre las morenas terminales de las glaciaciones Cuaternarias, que han motivado por estancamiento de aguas detrás de su relieve, los grandes lagos patagónicos en el Oeste.

Nordenskjöld reconoció en su primer viaje, entre los años 1891 - 1897, por la Tierra del Fuego y por la parte más austral de la Patagonia, las diferentes formaciones glaciares y bosquejó, con bastante exactitud, a pesar de sus observaciones aisladas, el límite probable de las glaciaciones e hizo el primer ensayo de reconstruir el desarrollo geográfico de estas regiones en el Cuaternario.

Los estudios de Caldenius fueron realizados en el transcurso de los años 1925 - 1928, en varias campañas y por cuenta de la Dirección General de Minas y Geología de la Nación. Sus estudios se basaron en el método geocronológico de De Geer, geólogo sueco, que se basa en mediciones directas de los estratos anuales de los depósitos glacialacustres y en comparaciones y conexiones de los diagramas geocronológicos conocidos.

Los característicos estratos de arcilla glacial habían sido observados en Alemania, Estados Unidos y Suiza desde mucho tiempo atrás, pero se deben a De Geer especialmente los estudios que establecieron el carácter de estos estratos como verdaderamente anuales.

Cada uno de estos estratos se compone de dos capas claramente distintas, de las cuales la inferior, que es la más espesa, está compuesta por material más grueso, de limo o arena fina y la superior de arcilla fina, formando una banda delgada. Se ha demostrado que estos estratos constituyen el sedimento más fino, llevado por los cursos de deshielo de los glaciares cuaternarios y acumulado en los bajos glaciares donde desembocan estos ríos.

La diferencia en el caudal de estos ríos es muy grande, por cuanto son alimentados por el agua de deshielo, cuya formación cesa con la entrada de la estación fría. En esta época los ríos del deshielo se agotan totalmente, quedando los canales en que corren completamente secos y acabándose, por consiguiente, las corrientes que forman los lagos.

Los ríos de deshielo llevan una ley muy alta de material sedimentario, tanto arrastrado como suspendido y el color de sus aguas es siempre turbio.

El material más grueso se va al fondo durante el período de derretimiento, mientras que el sedimento más fino, la arcilla coloidal, comienza a acumularse mucho más tarde, cuando las aguas del lago están totalmente tranquilas, dando, así, origen a las dos distintas capas del estrato anual de la arcilla glacial.

Los estratos así constituídos se denominan «varves», que es un término de origen sueco. Estos «varves» o estratos anuales se forman casi exclusivamente en agua dulce. En cambio en agua salada, la *floculación* del material suspendido ocurre muy rápidamente, de manera que se va al fondo con el material grueso, quedando un sedimento casi homogéneo. De acuerdo a las condiciones hidrográficas de los lagos en que fueron acumulados, la estructura de los «varves» varía mucho, habiendo numerosas transiciones entre las capas definidas y las que no poseen casi estratificación.

La investigación geocronológica se basa en la circunstancia de que la proporción relativa en la variedad del espesor de los «varves» se mantiene igual a grandes distancias. Midiendo el espesor de los «varves» anuales en diversos perfiles y correlacionando las medidas en diagramas en la misma sucesión que están acumulados los «varves», es posible reconocerlos de un lugar a otro. Acumulados en un lago glacial, frente al borde de un glaciar en retroceso, cada nuevo «varve» se extiende sobre el anterior, ocupando también la faja dejada al descubierto por

el hielo en su retroceso durante el año. En consecuencia si un diagrama que se refiere a un perfil en el cual el hielo retrocedió más temprano, contiene, en su parte inferior, un número mayor de «varves» que el diagrama correspondiente a la zona de donde éste se retiró más tarde, esta diferencia en el número de «varves» indica los años empleados por el retroceso del hielo, entre los dos lugares donde se tomaron los perfiles.

El glaciario cuaternario tuvo también su ambiente en la alta Puna del Noroeste argentino, habiéndose observado el relieve característico en la Sierra de Aguilar, provincia de Jujuy. En efecto, todos los valles de la parte central y la más elevadas de la Sierra de Aguilar, incluyendo la zona ocupada por las actuales minas de minerales de plomo, plata y zinc, fueron cubiertos en el Pleistoceno por glaciares de cierta extensión. El hielo llegó hasta las tierras bajas dejando un manto de rodados de granito, pizarra y cuarcitas que muestran las estriaciones características de la acción glacial.

Además se observan bloques de rocas graníticas que fueron desplazadas por acción glacial a bastante distancia. De las morenas laterales han quedado remanentes en el área cercana al campamento mayor, aguas arriba del río Padrioc, hasta cerca de la mina más elevada y la morena de fondo, se observa en casi todos los cursos que bajan al Este y Oeste de la sierra. Cerca del campamento central de la Compañía Minera Aguilar, la morena frontal del glaciar que bajaba del Padrioc ha originado un relieve constituido por lomas bajas, atravesadas luego por la acción fluvoglacial que diseminó el material hasta el afloramiento calcáreo dolomítico denominado Espinazo del Diablo.

El valle por donde corre actualmente el curso fluvial Padrioc, de escaso caudal, corresponde a un surco glacial con típica forma de artesa.

El régimen de los cursos que bajan de la sierra de Aguilar es torrencial, llevando su mayor caudal durante

los meses de diciembre, enero y febrero, épocas de las lluvias estivales y de algunas nevadas de escasa importancia en cuanto a precipitación se refiere. El Padrioc ha excavado su actual lecho dentro del valle antiguamente ocupado por el glaciar y la acción glacial operó en alturas comprendidas entre las cotas de 5.200 y 3.800 metros del relieve actual. No se observan en la actualidad glaciares ni tampoco acumulaciones de nieve persistente, ni aun en la mayor altura. Las nevadas son de escasa duración y la desaparición de la nieve es cuestión de pocos días, debido a la radiación solar.

Lo expresado anteriormente, con respecto a la sierra de Aguilar, revela un hecho concreto por cuanto desde el Plioceno hasta tiempos recientes, hubo cambios climáticos de tal magnitud que originaron la disipación de los glaciares descritos, mostrando el relieve actual que se caracteriza por su morfología que corresponde, evidentemente, a la acción del hielo.

PASCUAL SGROSSO.

Pitágoras y Orfeo

Pitágoras y Orfeo ocupan los dos polos del pensamiento religioso y científico de los griegos. Si Orfeo es legendario, Pitágoras es un sapiente y un sabio histórico que supo guardar, sin racionalizarlo demasiado, todo el fervor religioso de Orfeo. Los orígenes del orfismo se pierden en las tinieblas de esta noche sagrada que precedió el despertar del pensamiento humano. Salen del secreto de esta alborada, misteriosa y lejana, que debía, poco a poco, hacer reinar sobre la tierra el sol de lo divino, esclarecer la conciencia religiosa de los hombres, sacar a luz su principio y su fin, y revelar a las almas inmortales los gozos y las penas que podían aguardarles después de la muerte del cuerpo.

Si el orfismo es, a justo título, considerado como una de las más fecundas manifestaciones religiosas del alma helénica, esta religión no ha nacido, sin embargo, de un solo impulso, teniendo desde su aparición un ritual establecido, una doctrina fijada. Se ha constituido con enriquecimientos y aportes sucesivos. Elementos tracios, frigios, egipcios, cretenses, iránicos, quizá también hindúes, se han venido a agregar a los cultos agrarios y al antiguo fondo de las tradiciones populares y de las creencias griegas, fundadas sobre las ideas de muerte y de resurrección. Pero entre todos esos elementos, parece bien que sean los misterios nacidos del culto dionisiaco los que hayan ejercido sobre el orfismo la más fuerte influencia.

En efecto, es por la acción de los cultos orgiásticos que celebraban las bacantes y los bacantes, que los entusiastas servidores de Baco aprendieron a conocer la embriaguez de los transportes frenéticos, el salvaje delirio de la locura sagrada, y la beatitud del éxtasis dionisiaco. En el curso de este éxtasis apetecido, que provocaban la música estridente de las flautas, el vértigo de las carreras al resplandor de las antorchas, los torbellinos de una danza ritmada por los címbalos, el alma aparecía como extraña al cuerpo y distinta de él; sobrevivía a las postraciones del cuerpo, olvidaba en el raptó los sufrimientos del mundo, se unía al dios de la incesante renovación de la vida, moría en ella misma para penetrar en él y gustar con él la plenitud probada de su ser sin fin.

Así pues, creemos que es sobre todo en el éxtasis dionisiaco donde los servidores de Baco debieron hacer la experiencia vivida de la trascendencia del alma sobre el cuerpo. Por otra parte, los devotos del culto dionisiaco estimaban que todo lo que tomaba vida se emparentaba, por su origen, con toda forma de vida. Para fortificar ese principio de vida que encarnaba Dionisos, las bacantes mascaban hiedra para incorporarse el espíritu divino de la vegetación; inmolaban y comían, en el curso de sus transportes, el cabrito sagrado que ellas habían amamantado, y en cuya carne vivía el alma del dios. Emanando de una fuente divina y siempre rejuvenecida, la vida era para los órficos indestructible y sagrada; se recreaba y se diversificaba sin detenerse jamás. Asimismo, cuando la muerte la separaba de su cuerpo, pensaban que su alma continuaba existiendo; y, cuando salía de un cuerpo, era para ir tarde o temprano a encarnarse en otro. ¿Pero esta rueda de los nacimientos debía girar sin interrumpirse jamás? Para explicar cómo el alma iniciada podía salir de ese círculo infernal, los discípulos de Orfeo se servían de un bello mito. Relataban en sus libros sagrados, que los hombres habían nacido de las cenizas de los hijos

monstruosos de la Tierra, de aquellos Titanes castigados y fulminados por Zeus. De allí su doble naturaleza, divina, por un lado, y terrestre, por el otro. El fin de la vida órfica era purificar de los elementos terrestres e impuros, heredados de los Titanes, el elemento divino y la llama celeste que contiene el alma humana.

Cuando, hacia el año 530 antes de J.C., Pitágoras, exilado de Samos, llegó a la Magna Grecia, encontró allí florecientes las cofradías órficas. El orfismo, en efecto, desde el siglo VI antes de nuestra era, irradiaba sobre la península itálica su pensamiento, sus creencias, sus ritos y su mística. Según una opinión comúnmente admitida, Pitágoras debió encontrar en esta religión todo un cuerpo de doctrinas emparentadas a las que debía propagar, purificándolas en todo, la gran orden de los pitagóricos. Sin embargo, apresurémonos a decirlo, nada es más oscuro y más discutido que la relación del orfismo y del pitagorismo. Para unos, el orfismo habría ejercido sobre el pitagorismo una influencia esclarecedora; para otros, sería el pitagorismo el que habría influido con todo su peso sobre el orfismo. La verdad, sin duda, está en su interacción.

En todo caso, tanto como los órficos, los pitagóricos creían en la doble naturaleza, celeste y terrestre, del alma, en su supervivencia, así como en el ciclo de las reencarnaciones necesarias, en tanto que el estado de pesadez de esta alma la mantenía en la cárcel del cuerpo.

Para librarla del círculo de los nacimientos, liberarla de las ligaduras de la materia, preconizaban una vida consagrada toda entera a extirpar y rechazar lejos de ella todo lo que se oponía a la claridad sutil de su divina esencia, a su retorno a la unidad central.

Por el carácter esotérico de su enseñanza, por la importancia con que unían los problemas morales y fraternales, el parentesco de los hombres y de los dioses, las condiciones de la vida de ultratumba en su relación con la existencia terrestre, las comunidades pitagóricas parecen

haber sido mucho más religiosas que filosóficas. Sin embargo, a diferencia de la del orfismo, la regla de vida pitagórica hacía al lado de las prácticas y de las enseñanzas puramente religiosas, un lugar escogido a las especulaciones intelectuales, a las consideraciones sobre el número, sobre la música, sobre la extensión y sobre la astronomía. Los pitagóricos las empleaban para proporcionar a su *credo* místico un substrato científico, un fundamento racional en relación con el valor teórico de su visión física del mundo universal. La beatitud, casi impersonal del éxtasis dionisiaco, fué reemplazada por aquella más serena que daba Apolo, en tanto que dios de la armonía del mundo, de su buen orden y de su unidad. La escuela de Pitágoras, en efecto insistió, sobre la supervivencia del alma individual, y sobre el papel de la persona humana en la elección responsable de los actos que debían determinar, para ella, su nacimiento aquí abajo o su ascensión a la esfera etérea, morada de las almas puras. En una palabra, el pitagorismo se nos aparece como la imagen de una francmasonería religiosa y laica. Decantada de toda intransigencia y de todo rito inhumano, su religión nos asocia, por el orfismo, con los más antiguos sueños del hombre y de la tierra, sin vedar, sin embargo, al espíritu una explicación científica del mundo, una vista racional y no instintiva de la conducta moral y política de los hombres. Gracias a él, el acuerdo del sentimiento y de la inteligencia, de la razón y de la fe clarividente devino la vía que no han cesado de seguir todas las grandes almas que han vivido sobre la tierra para abrir a los humanos la nostalgia del cielo y el secreto de su destino de eternidad.

MARIO MEUNIER.
Les Nouvelles Littéraires.
14 février 1952.

Traducción de Amalia Enríquez de Crispiani.

Romanticismo y folklore

El siglo XIX, siglo de los románticos y soñadores, fué también el siglo del nacimiento del folklore; pero del folklore como disciplina, como una nueva ciencia que ordena y estudia un material antiquísimo, recogido durante centurias. El año 1846, en pleno apogeo del romanticismo, William Jhon Thoms escribe para la encuesta de la Revista «Atheneum», por primera vez, la palabra folklore, formada, como se sabe, por dos voces del antiguo sajón: *folk* y *lore*. Si William Jhon Thoms ha recurrido a estas voces para designar un estudio que él lo encuadraba dentro de la arqueología, ha sido, posiblemente, influenciado por la corriente del romanticismo que imperaba en ese entonces.

Con anterioridad al siglo XIX ya hubo escritores que apasionados con la vida del pueblo, describieron en sus páginas manifestaciones populares. Pero como en esa época primaba el arte rígido, la razón sobre el corazón, no fueron aceptados con benevolencia por la crítica: al contrario, muchos fueron censurados acerbamente. En este sentido, cuenta el maestro Saintyves, en su Introducción al Folklore que «un cónsul, J. G. Von Hahn, escribió en el prefacio de sus Cuentos Griegos y Albaneses: «Cuando comencé, en Janina, a recoger estos cuentos uno de los principales entre los grandes de Turquía me exhortó a renunciar a esta empresa, bajo el pretexto de que ella me perjudicaría en la consideración pública, por ser incompatible con la dignidad consular; de otros amigos griegos recibí avisos semejantes». Más adelante agrega: «En un notable estudio sobre la utilidad del folklore, uno de nuestros más sabios compatriotas, Augusto Gittee, de-

claró: «¿Cómo es posible —me han dicho cien veces— que pierda el tiempo en esas niñerías? Puede un hombre inteligente ocuparse de cuentos, de leyendas, de supersticiones? ¿Qué placer, qué provecho puede tener en escuchar cosas de niños o las chocheces de viejas, para desenredar una historia absurda?»

Muchas anécdotas como éstas se pueden relatar de aquellos que pacientemente describían la vida de los seres humildes y recogían los dichos y refranes que «las viejas dicen tras el fuego». Pero ello era debido a que el ambiente social no estaba preparado para recibir cosas tan nimias, tan de poca importancia, como ellos los juzgaban. Los escritores y lectores estaban empapados y acostumbrados a los cánones del clasicismo y del neoclasicismo; a la disciplina estricta; «al arte dirigido por la razón». Pero al finalizar el siglo XVIII y a principios del siglo XIX se extiende por toda Europa una expresión social que da un vuelco en las letras y en el arte y en todas las manifestaciones del espíritu. Se comienza a mirar con otros ojos el paisaje inspirador; se sienten nuevas manifestaciones del pensamiento; se leen y se interpretan libros que no se habían leído, y con todo ello surge un nuevo criterio y una nueva interpretación de las ideas. El artista deja de copiar la naturaleza como si fuera una simple máquina fotográfica, como si la viera detrás de un vidrio; mira su interior y anima todo lo que lo rodea.

Piensa que bajo las aguas cristalinas de los ríos se hallan los mejores tesoros; que detrás del follaje verde de los bosques está la vida que palpita y se mueve estremecida. El literato vuelca su pluma en la descripción de las vidas sencillas; se repliega sobre sí mismo y se recoge a las existencias simples y aldeanas, y como dice Carmelo Bonet, en *Escuelas Literarias*: «Y es que había aparecido, por causas sociales difíciles de desentrañar, lo que llamó Taine el «hombre sensible», un hombre en quien lo efec-

tivo privaba sobre lo intelectual: un hombre ensimismado, replegado sobre sí mismo y entregado a una tristeza dulce, hecha de ensueño, de *rèverie*; hombre que vivía soñando en un mundo de ficción de novela, de *roman* (de ahí, según algunos, el término romanticismo); un hombre antípoda del sanguíneo, alegre y conversador del siglo de Luis XIV, y todo lo contrario de un hombre de acción».

En el romanticismo hay una primacía de lo popular y un desdén por lo minoritario y aristocrático. Las guerras napoleónicas trajeron un resurgimiento de los sentimientos nacionales que favoreció grandemente esta proximidad hacia los valores propios de cada país. Don Juan de Valera, dijo en su siglo: «A estas razones que movieron a coleccionar y a publicar en casi todos los países los cuentos vulgares, como los de Alemania por los hermanos Grimm, los polacos por Woysick, los de los montañeses de Escocia por Gran Stewart, los del sur de Irlanda por Crofton Croke, por Souvestre los bretones y así otros muchos vienen a unirse, cooperando al estudio de la poesía popular de cada pueblo, el patriotismo que se despertó por las guerras invasoras de Napoleón 1º y el deseo que muestran desde entonces, todas las naciones, de hacer patentes los títulos de su independencia y de reivindicar lo que ahora se llama su autonomía».

El romanticismo ha dado por tierra con las reglas rígidas del clasicismo y antepuso a las prédicas paganas el culto a la Edad Media y exhumó leyendas medievales y un abundante material folklórico.

Encontramos en el romanticismo un sentimiento de raza, de personalidad nacional, desde el momento que los escritores se inspiraron en costumbres y leyendas propias de cada país; aunque luego, cuando la ciencia del folklore caminó un tanto, resultó que lo que se creía propio y lo más telúrico de cada pueblo, lo encontramos en el fol-

kloro de otros, incluso de los más separados geográfica y espiritualmente.

Si en verdad el romanticismo —esta nueva interpretación de la vida— nace en Alemania como una réplica a las ideas democráticas de la Revolución Francesa, toma luego un sentido más lato. Los literatos llevan a sus páginas las costumbres de los seres humildes, los juegos inocentes de los niños, y vuelven a interesar con más pasión que en aquella época del Marqués de Santillana, don Iñigo López de Mendoza, «lo que dicen las viejas tras el fuego».

Los prerrománticos, como Carlos Perrault (1628-1707) que había escrito ya en Francia los cuentos de hadas que inmortalizaron su nombre; como Williams Cowper (1731-1800) que trae sus poemas inspirados en el hogar doméstico y en el paisaje inglés, son un preanuncio de la era romántica, cuando los hermanos Grimm (1785-1863) recogen los cuentos populares de Alemania y aparece el verdadero romanticismo inglés con la escuela *lakista*, que encabeza Wordsworth (1770-1850) quien decía: «He preferido generalmente la vida rústica y humilde porque en esta condición las pasiones esenciales y primitivas encuentran mejor preparado el terreno para desarrollarse libremente y alcanzar su madurez, están menos cohibidas y hablan un lenguaje más llano y menos enfático y por consiguiente, pueden ser más exactamente contempladas y comunicadas con más energía, y además porque en esta condición las pasiones de los hombres están incorporadas con bellas y permanentes formas de la naturaleza».

Luego surge Coleridge y otros lakistas; pero donde se vió la llama del romanticismo inglés fué en Wálter Scott, que, como dice el gran maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su obra *Historia de las Ideas Estéticas en España*, fué el «Homero de una nueva poesía heroica, acomodada al gusto de generaciones más prosaicas, y, en suma uno de los más grandes bienhechores de la huma-

nidad, a quien dejó en la serie de sus libros una mina de honesto e inacabable deleite. En vano intentan hoy los críticos, a despecho del placer universal de los lectores, rebajar el mérito de este mago de la historia... El fondo común de unas y otras composiciones es la tradición histórica, penetrada y entendida con ojos de amor».

Tenemos así una cantidad de circunstancias traídas por el romanticismo que favorecieron el nacimiento de la ciencia del folklore: la reacción contra las normas dieciochescas; la valoración de lo popular; el desdén por lo minoritario y aristocrático; la exacerbación del sentimiento nacionalista por las guerras napoleónicas, que revivieron el amor por las consejas y las leyendas, la exaltación del subjetivismo y la valoración de lo tradicional y de las costumbres lugareñas. Y es así como ya no se miraba con indiferencia y con desdén y ni se hacían sonrisas de burla y de desprecio a las obras inspiradas en el sentir del pueblo. Al material folklórico ya existente se agregó un copioso e interesante elemento abordado sin cortapisas por los escritores de todos los países. «El color local», el ambiente lugareño, la apacible vida del campo, la naturaleza que despierta al calor del sol que vivifica, fueron motivos de inspiración. Y en este ambiente propicio surge el folklore como una disciplina, dando otro enfoque a aquel material, analizándolo, agrupándolo con un criterio científico. Si al principio sólo se interesaba por las manifestaciones literarias, hoy tiene un sentido más amplio y admite el estudio de la actividad cultural íntegra del pueblo; el pueblo en sentido folklórico.

CARLOS VILLAFUERTE.

Las razones del desaliento en la filosofía

El modo de explicación que el naturalista busca es muy modesto. No pretende nunca penetrar en la propia esencia de las cosas. Nunca pretende fundamentar el cómo y el por qué de una conexión causal. Observa los fenómenos de la naturaleza y su sucesión, busca semejanzas entre los diversos casos y pretende descubrir, por este procedimiento, relaciones generales e invariables entre los fenómenos. esto es, leyes de su conexión. Lo que quiere decir, cuando habla de explicar hechos, no es sino la subordinación de fenómenos particulares a ciertos hechos generales. cuyo número intenta reducir progresivamente, refiriéndolos, de manera cada vez más amplia, a leyes más generales.

Nunca, ni aun cuando considera lograda con máxima perfección la explicación de algún fenómeno de la naturaleza, ofrece más de lo que acabamos de decir.

El caso más saliente de todos es la explicación de los fenómenos celestes por medio de la ley general de la gravitación, descubierta por Newton. Pero ¿en qué sentido decimos que el curso de los astros queda explicado con esta ley? Reduce la infinita variedad de los acontecimientos astronómicos a uno solo, a saber: el hecho de que los cuerpos se atraen mutuamente, en razón directa de la masa e inversa al cuadrado de sus distancias. Y este hecho aparece, al propio tiempo, como una simple ampliación de otro, que nos era ya sumamente familiar; la ley de la atracción universal es la generalización de la ley del peso de los cuerpos terrestres. Pero ¿qué es la atracción y qué es el peso? ¿Nos descubre la explicación de Newton el principio eficiente y la interna manera de

este acontecimiento? De ningún modo. El físico abandona a la especulación del filósofo esta investigación acerca del cómo y del porqué.

¿Se encuentra el filósofo en situación de poder responder a esta pregunta? ¿Puede realmente decirnos algo que permita entender la conexión de los fenómenos en su necesidad? Una cosa es segura: El camino general de la investigación, por el que marchan las otras ciencias, no conduce a ello. Si la observación y la experiencia hubieran de darnos la clave para resolver el problema, haría falta que nuestra percepción nos introdujera en la esencia interior y verdadera de la cosa, y nos permitiera aprehender su concepto. Pero no es éste el caso. Vemos que los diversos fenómenos se suceden con regularidad. Concluimos de la regularidad, la necesidad de la conexión; pero lo que se halla a la base de los fenómenos, lo que produce esta necesidad, ni lo vemos ni lo percibimos de ninguna manera por medio de nuestros sentidos.

Si el filósofo no tiene otros ojos para los que esta oscuridad fuera luz, sus esfuerzos serán estériles. Lo único que puede acontecer es lo que dice el poeta: que a falta de conceptos aparezca una palabra oportuna.

Por tanto, nuestros esfuerzos filosóficos parecen ser completamente desesperados.

A las razones indicadas para negar a la filosofía el sentido de ciencia, se agrega, finalmente, como importante argumento, su esterilidad práctica.

Todo conocimiento, por el mero hecho de brotar de un simple afán de saber, se muestra tarde o temprano útil para la vida. Las investigaciones de Arquímedes y Apolonio sobre las secciones cónicas, han llevado, después de muchas generaciones, a una renovación de la astronomía; esto hizo posible el perfeccionamiento de la navegación; de suerte que Condorcet podía decir con verdad: «el navegante que, gracias a la exacta observación de la longitud geográfica, se ha salvado de un naufragio, debe su

vida a una teoría descubierta hace dos mil años por pensadores geniales que no se habían preocupado sino de estudios geométricos».

Todas las ramas de la ciencia teórica general, la física y la química inorgánica, al igual que la química orgánica y la fisiología, han llegado a ser bases de esfuerzos prácticos. Gracias a múltiples rectificaciones y descubrimientos, han transformado la medicina y la agricultura, y, por así decirlo, la vida entera. La fotografía, el ferrocarril y el telégrafo nacieron así.

Puede ponerse en duda que el único, o, por lo menos, el supremo fin de los esfuerzos científicos, sea, como Bacon quería, el acrecentamiento del poder del hombre; pero que el saber sea un poder, es una verdad incontestable, no solamente para los científicos, sino también para toda persona culta.

Sólo la filosofía parece no querer acreditarse, de igual manera, como un poder.

Es verdad que muchas ideas filosóficas han prendido poderosamente al final del siglo pasado en el pueblo francés y lo han conducido a catástrofes violentas. Pero sea cualquiera el juicio que ellas y sus consecuencias nos merezcan, es seguro que ninguno que las conozca bien verá en ellas una confirmación de la filosofía, semejante a la que las ciencias han encontrado en la práctica. Cualesquiera que hayan sido las transformaciones llevadas a cabo, nunca se han realizado las esperanzas que despertaron el movimiento estusista de las masas. Y no es realmente «poder» lo que, siendo capaz de producir grandes efectos, no puede obtener, sin embargo, aquellos efectos que pretendía. Y muchas veces puede también ser un error el hablar de grandes influencias; por esto se designa a la especulación filosófica diciendo que no es más que un saber.

Por tanto, entre todas las ciencias abstractas, sólo la filosofía ha dejado de confirmarse por sus frutos prácticos.

ticos. Si lo hubiera hecho no sería posible hoy una duda general acerca de ella. Pero es posible, puesto que es real. Y su existencia real parece ser, en sí misma, su propia justificación.

Estas son, probablemente, las causas principales de donde brota la desconfianza general frente a la filosofía como ciencia: falta de teoremas generalmente aceptados, revoluciones completas que la filosofía padece una y otra vez; inaccesibilidad del fin que se proponen, siguiendo el camino de la experiencia; imposibilidad de valoraciones prácticas. ¿Quién podría negar que estos hechos son de peso y apropiados para favorecer aquel juicio?

Sin embargo, tal vez logremos mostrar que las razones aducidas no demuestran nada, o, por lo menos, no demuestran tanto como lo que se pretende deducir de ellas.

Si agrupamos las diversas ciencias teoréticas: la matemática, la física, la química, la fisiología, encontraremos que forman una serie, en la cual cada uno de los términos es menos abstracto que el siguiente. El objeto de la ciencia que viene después es más complejo, en el sentido de que los fenómenos, que constituyen el objeto de la ciencia anterior, se complican, en lo posterior, con nuevos elementos y condiciones. De aquí se sigue que cada una de las ciencias posteriores dependen de las anteriores, mientras que lo contrario no se presenta nunca, o se presenta en muy escasa medida. Y precisamente por esto, el desarrollo de una ciencia posterior es más lento; y comparando el grado de perfección que en un momento posee ésta con el que posee, al mismo tiempo, una de las ciencias anteriores, aparecerá aquélla notablemente retrasada respecto de ésta.

Así nos lo enseña, del modo más claro, la historia de las ciencias. Los griegos poseían una gran riqueza de descubrimientos matemáticos. Pero, en física, si bien Arquímedes fundó la parte más elemental, la mecánica estática, quedaron reservados todos los demás grandes éxitos para la época de Galileo y de los siglos ulteriores.

La química propiamente científica es, a su vez, mucho más reciente que la física; *Lavoisier*, que murió, según es sabido, víctima de la Revolución francesa, es considerado, generalmente, como fundador de la química. Y la construcción de una fisiología científica pertenece solamente a nuestro siglo. Innegablemente, su desarrollo está mucho más retrasado que el de la química, al igual que el de ésta ha sido mucho más tardío que el de la física. A su vez, la física no puede compararse en perfección, ni de lejos, con las ciencias matemáticas.

Es, pues, claro que, si hubiera fenómenos que se comportan respecto de los fenómenos fisiológicos como éstos respecto de los químicos y los químicos respecto de los físicos, la ciencia que se ocupara de ellos tendría que encontrarse en una fase de desarrollo todavía más inmadura. Y estos fenómenos son los estados psíquicos. No los encontramos sino unidos a organismos y dependiendo de ciertos procesos fisiológicos. Es claro entonces que la psicología de esta época nuestra, en que la fisiología ha progresado relativamente poco, no puede haber pasado de los primeros comienzos de su desarrollo, y si se prescinde de ciertas anticipaciones felices, no puede ni hablarse, en épocas anteriores, de una psicología verdaderamente científica.

Pero con la psicología se hallan en conexión la ciencia de la sociedad así como todas las demás ramas de la filosofía. Y si se las ha reunido en un solo grupo, es porque sus investigaciones guardan entre sí la más íntima relación.

Vemos, por tanto, que, aunque no carezca de capacidad para un desarrollo verdaderamente científico, es completamente imposible que la filosofía haya podido alcanzar, en nuestros días, un grado de desarrollo superior, y que, por consiguiente, fundándose en su actual estado retardado, no es lícito sacar la conclusión de que sea absolutamente imposible un progreso científico en ella.

y que sus investigaciones no merezcan con verdad el nombre de esfuerzos científicos.

Y, por tanto, si el estado imperfecto en que se encuentra la filosofía no justifica semejantes conclusiones, resultará que todas las razones que, como decíamos, produjeron la desconfianza y el desaliento para las investigaciones filosóficas, no demuestran nada contra su carácter científico, pues tales razones pueden interpretarse fácilmente como consecuencia de estos hechos.

Se dirá: toda ciencia general aporta frutos para la vida. Pero la filosofía no lo hace. Luego no es ciencia. Es verdad que toda ciencia aporta frutos prácticos, pero solamente cuando ha logrado cierta madurez. Las grandes creaciones prácticas de la física pertenecen, con pocas excepciones, a los tiempos modernos; los de la química, al siglo presente; pero la fisiología acaba de comenzar, por así decirlo, a producir en nuestros días la técnica de la curación. Los frutos prácticos que la filosofía está llamada, en mi opinión, a aportar con toda seguridad, no pueden manifiestamente brotar aún.

Se dice, además, que el modo de explicación y fundamentación que la filosofía postula es de índole completamente distinta al que busca el naturalista. El filósofo, se nos dice, quiere penetrar en el íntimo «qué y cómo» de las cosas, para lo cual ni la experiencia ni la observación ofrecen acceso. Un signo de ello estaría en que aun no ha logrado ponerse en claridad acerca de los límites hasta donde es posible el conocimiento y sobre la justa manera de plantear sus problemas.

No siempre se propuso la ciencia de la naturaleza la modesta tarea de comprender cada uno de los acontecimientos del mundo corpóreo como casos particulares de hechos más generales. Por el contrario, se propuso, tiempos atrás, entender las fuerzas íntimas de la naturaleza en su «qué» y en el «cómo» de su actuación.

Sólo mucho más tarde y muy lentamente, logró retraerse de tales intentos y regalarlos al filósofo. Una sonrisa compasiva, e incluso burlona, acompañó siempre a esta renuncia. Para el científico, sin embargo, era cada vez más claro que los límites que de esta suerte se imponía en su investigación eran los mismos que la naturaleza misma imponía al afán por la ciencia. Y sólo el estado retrasado de la filosofía ha hecho posible que los filósofos se hayan preocupado frecuentemente de estas cuestiones. De lo contrario, no sólo hubiesen rechazado este obsequio, sino que también hubiesen abandonado, fuera de su dominio, como algo imposible, estas investigaciones acerca de la esencia interna de los acontecimientos. Al igual que los naturalistas para los fenómenos físicos, los filósofos hubiesen tratado de buscar para los fenómenos psíquicos leyes generales, por medio de observación de hechos particulares, y hubiesen tratado de explicar unos acontecimientos y predecir otros mediante la conexión de los fenómenos particulares con estas leyes generales. E igualmente, dentro de la metafísica se hubiesen lanzado a descubrir verdades más generales, válidas para el dominio tanto físico como psíquico y, por tanto, para el universo entero. Y se hubiesen dado por satisfechos con un conocimiento relativo, sin aspirar a un conocimiento absoluto en el dominio de lo absolutamente incomprensible. No le hubieran faltado a la filosofía graves problemas, después de semejante esclarecimiento y clarificación de sus fuerzas, como tampoco le han faltado a la ciencia de la naturaleza.

Hemos señalado también, como razón de la desconfianza frente a la filosofía, el que ésta no muestra, como otras ramas de la investigación, una tradición filosófica continuada; todavía, se nos dice, los últimos tiempos han sido testigos de transformaciones totales, en las que cada sistema se levantaba en brutal contraposición al anterior.

También esto se explica sin dificultad por el desarrollo más lento que corresponde a la filosofía, en comparación con otras ciencias.

Llega un momento en que la investigación científica adquiere en su largo transcurso cierta consistencia más firme. Sólo cuando se ha convertido en una anchurosa corriente posee un cauce inmutable, mientras que antes todo arroyo que en primavera venía de la montaña la impulsaba hacia un nuevo cauce. Las más diversas hipótesis surgen y desaparecen, mostrándose las unas tan insostenibles como las otras.

Por otra parte, toda ciencia está expuesta en sus fases inmaduras, sobre todo al peligro de perder lo que ha ganado. Se parece al tierno organismo de un niño, expuesto a la alteración y a la enfermedad más fácilmente que el de quien ha llegado a la plenitud de sus fuerzas. Y así, la investigación filosófica muestra de hecho, no solamente un menor desarrollo que otras ramas del saber, sino también una decadencia más frecuente y más profunda.

Es posible que los últimos tiempos hayan constituido una época de semejante decadencia, en que todos los conceptos flotan turbios, sin que se percibiera el menor rastro de un método adecuado a las cosas. El rápido orto y ocaso de sistemas opuestos no podrá extrañarnos en tales circunstancias.

Pero el presente es un tiempo de transición de esta degenerada manera de filosofar hacia una investigación más conforme con la naturaleza de las cosas. Naturalmente, en un instante tal, las opiniones filosóficas presentarán la máxima divergencia. Los unos se hallan aún completamente bajo la influencia de los últimos sistemas; otros buscan puntos de apoyo en tiempos pretéritos; otros comienzan completamente de nuevo, buscando sugerencias para el método en las ciencias más avanzadas, y los más presentan en diversa medida una mezcla de elementos viejos y nuevos. Así se explica, finalmente, esa lucha

caótica entre las opiniones filosóficas de nuestro tiempo, que sirven, tal vez más que nada, para sepultar ante los ojos del gran público la verdadera efigie de la filosofía, y que, por esto, señalábamos como la razón principal de la desconfianza dominante.

Hemos examinado así, una tras otra, retrospectivamente, las objeciones anteriormente expuestas, y hemos encontrado que ninguna demuestra otra cosa sino que la filosofía no ha llegado a ser ciencia tan perfecta como otras disciplinas generales. Vemos, por consiguiente, en qué sentido está justificada y en qué sentido no lo está la desconfianza frente a la filosofía.

Está justificada en cuanto el filósofo no solamente responde a sus cuestiones con menor amplitud, sino también, de ordinario, con menor seguridad y precisión que cualquier otro investigador a las suyas.

No está justificada si va tan lejos que haga creer que la filosofía anda tan sólo en pos de fantasmas; que persigue objetivos para los cuales no hay camino ni sendero ninguno, y que serán inaccesibles por toda la eternidad. Por mucho que sus fronteras hayan sido mal delimitadas durante mucho tiempo, queda siempre un círculo de cuestiones a cuya respuesta no tiene por qué renunciar y a la que no puede renunciarse en interés de la humanidad. Por tanto, ese desaliento que ha prendido excesivamente en nuestros días, está completamente injustificado.

Podemos decir todavía más. Si alguna época ha tenido motivos para esperar un éxito feliz de las investigaciones filosóficas, es ciertamente la nuestra. Precisamente la consideración de las ciencias de la naturaleza, cuyo espléndido y fértil desarrollo pudiera amedrentar en un primer momento al filósofo, le suministra, por el contrario, una prueba a su favor. Las ciencias son como las plantas, las cuales, según su especie y naturaleza, han de florecer las unas antes que las otras. Mientras la

ciencia de la naturaleza, y sus subespecies, no hayan producido ricos capullos, no habrá llegado para la filosofía su primavera. Y ahora, en que hasta la fisiología comienza a brotar con más vigor, no faltan indicios que anuncian para la filosofía la época del despertar a una vida fructífera. Están dadas las condiciones previas; el método está preparado; la investigación se halla ya ejercitada.

Si todo esto no nos engaña, el amedrentamiento de nuestro tiempo no deja de ser semejante al de los compañeros de Colón, que querían abandonarle a un naufragio desesperado, precisamente cuando la tierra anhelada estaba a punto de emerger del fondo del mar.

Y, además, hay todavía otra cosa por la que nuestro tiempo no debe, en manera alguna, dejar embotar el ánimo. Es la creciente necesidad de filosofía.

Por mucho que la filosofía dependa de las ciencias naturales, más bien que a la inversa, sin embargo, allí donde todas las ciencias se tocan no está excluida la posibilidad de la relación recíproca. Lo psicológico y lo fisiológico están en relación mutua, y así se oye justamente con frecuencia a los más celosos campeones del progreso en la fisiología, como, por ejemplo, Helmholtz, en su óptica fisiológica, lamentarse del retraso de la psicología, que le detiene en la solución de los más importantes problemas. Y en los problemas metafísicos, tales como, por ejemplo, el principio general de causalidad y su presunto carácter *a priori*, vemos cómo en algunas de sus investigaciones, como, por ejemplo, en la que se refiere a la ley de la acción recíproca entre las fuerzas de la naturaleza, el naturalista se ve tenazmente conducido al umbral de las más altas cuestiones metafísicas. A esta necesidad teórica va unida, al mismo tiempo, una necesidad práctica. En nuestro tiempo, las cuestiones sociales van logrando como nunca el primer plano. La necesidad de su solución satisfactoria aparece más urgen-

te que cualquier mejora de la salud pública, de la agricultura o de las comunicaciones. Pero, evidentemente, los fenómenos sociales son fenómenos psíquicos, y ningún otro saber puede ser invocado como fuerza de orden, sino el conocimiento de las leyes psíquicas y, por tanto, el saber filosófico. Y esta circunstancia ha hecho que en nuestros días más de un hombre relevante, que toma a pecho el bienestar de la humanidad, se haya decidido a ocuparse seria y solícitamente en investigaciones psicológicas.

FRANCISCO BRENTANO.

El porvenir de la filosofía.
Revista de Occidente.

Traducción de X. Zubiri.

Endopatía

Supongamos que tenemos delante una naranja y una esfera de madera de aspecto enteramente igual; si entonces sé que una de las dos cosas no es más que una esfera de madera, me placera la naranja, mientras que la esfera me producirá la desagradable impresión de un fruto imitado. Ahora bien: como la apariencia de los dos objetos es enteramente igual, el agrado estético que nos produce la naranja tiene que proceder exclusivamente de las representaciones que se asocian a su aspecto (por ejemplo, la representación del aroma y sabor de la fruta, los recuerdos de la bella tierra de Italia, del obscuro follaje del naranjo, etc.). Una tal impresión está constituida por dos clases de elementos: los colores, las formas y cualidades táctiles (en general, lo dado objetivamente), que Fechner llamaba el factor directo de la impresión, y las representaciones asociadas con el objeto, o sea el factor asociativo. En el caso anterior nuestro goce estético en la naranja descansa, por consiguiente, en el factor asociativo exclusivamente; pero claro es que pueden darse otros casos en que el agrado estético se prenda a los factores directos, es decir, sólo a lo dado objetivamente. Era esto una diferenciación muy importante de dos elementos esenciales de la impresión estética, pero aun muy imperfecta, porque claro es que no todas las representaciones asociadas a un objeto tienen significación estética, y Fechner no cuidó de diferenciar por sus caracteres peculiares las representaciones de significación estética y las que carecen de ella.

Una de las ideas más importantes de Fechner fué poner en evidencia, merced a especiales experimentos estéticos,

leyes determinadas, según las cuales, los factores diversos, sobre todo los colores y las formas de las cosas, producen agrado o desagrado estético, y reunir los juicios de gran número de personas acerca de las distintas combinaciones de colores y las distintas relaciones numéricas de las figuras geométricas sencillas que son más preferidas.

No puedo entrar en este libro en los detalles de estas investigaciones de Fechner, pero, respecto a ellas, remito al lector a otro libro mío titulado *Introducción a la Estética actual*.

Las sugerencias de Fechner influyeron después en muchas direcciones; los estéticos posteriores se esforzaron, ante todo, en hallar las notas características de las representaciones que poseen sentido estético a diferencia de aquellas asociaciones desprovistas de significación estética. Sobre esta cuestión hemos de volver más adelante.

Después de Fechner se han hecho tres intentos notables de análisis psicológico de la fruición estética. El más importante es la teoría de la «Einfühlung» (Endopatía), de Lipps y Volkelt.

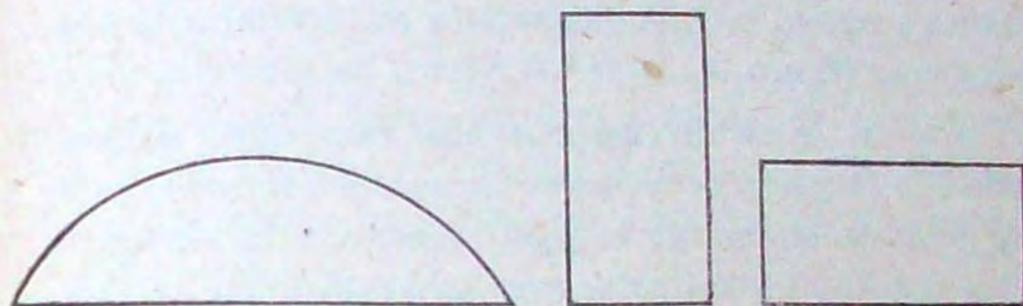
La idea que en estos dos estéticos (y después de su aparición algunos otros psicólogos y estéticos) halló su perfección última, ya había emergido anteriormente en la Estética. Ya Herder, en su polémica contra la Estética de Kant, afirmaba que las formas bellas nos placían solamente por lo que ellas expresan, o sea por la vida interior que parece encerrada en ellas. Y como ésta vida interior no existe objetivamente en las formas mismas —pues las columnas y los vasos, por ejemplo, no son otra cosa que materia muerta— es que nosotros mismos introducimos nuestra vida en ellas o nos endopatizamos con ellas de una manera inmediata, y este proceso debe ser lo esencial en el placer y agrado estéticos: lo que en una forma bella nos place es la vida interior que nosotros mismos le hemos transferido.

Esta idea es recogida de nuevo por algunos representantes de la escuela de poesía romántica del siglo XVIII, que la aplican principalmente al goce de la naturaleza; tales Novalis, A. W. Schlegel y Juan Pablo. El goce estético de la belleza y sublimidad de la Naturaleza descansa, según Novalis —para tomar uno de ellos—, en que animamos con un alma a la Naturaleza; en que introducimos nuestros propios estados de alma, nuestros deseos, esperanzas y afanes en las cosas naturales (por ejemplo, nuestro anhelo de infinito en el aspecto del mar o de una dilatada llanura). De este modo comprendemos la Naturaleza inmediatamente sin que intervenga reflexión alguna, como si esta vida espiritual residiera en ella objetivamente. Precisamente esto es lo que quiere decir el concepto de endopatía, que la animación de la Naturaleza en el goce estético no descansa en reflexión racional alguna, sino que tiene la inmediatez y el carácter captante de una comprensión puramente sentimental de las cosas.

En Herder y en los románticos, la teoría de la endopatía no pasa de ser una mera descripción del goce estético; en qué descansa propiamente este proceso y cómo puede analizarse exactamente es lo que han intentado explicar los nuevos estéticos; en rigor, primero, Lotze; después Lipps y Volkelt sobre todo, y en parte también Geiger, Külpe, Edith Kalischer, etc. Después, los estéticos psicólogos se han dividido formalmente en dos posiciones: para unos, la endopatía es el germen y la esencia del goce estético; los otros reconocen que en el goce estético se presenta ciertamente la endopatía, considerándola como un proceso constitutivo, pero más bien accesorio del goce estético, que incluso puede faltar en ciertas circunstancias, porque corresponde más bien al carácter psicológico general de toda percepción humana y, en consecuencia, no es un proceso, específicamente estético.

Lipps ha dado la mejor explicación de los procesos de endopatía que se verifican en casos muy simples y con-

cretos de goce estético. Ha señalado los procesos de endopatía en las figuras geométricas sencillas, en las formas fundamentales de la Arquitectura, como las columnas y sus partes componentes en la relaciones fundamentales rítmicas y musicales como ritmos sencillos y pies métricos del verso.



Un ejemplo sencillo: Cuando miramos una figura como la 1ª, no vemos, según Lipps, en ella una forma meramente geométrica de muertas líneas, sino que ella nos manifiesta de modo inmediato un juego o sistema de fuerzas que presta a las líneas una vida interna. En efecto, la curva se me aparece inmediatamente como un arco tenso, en cuyos dos extremos actúan sendas fuerzas de tracción hacia afuera, a las que se opone la línea recta, que aguanta el tirón del arco. Así, pues, en esta figura geométrica introducimos un sistema de fuerzas de tensión y, en verdad, de tal suerte, que creemos verlas por intuición inmediata; en esto descansa la impresión estética de la figura. Veamos ahora dos rectángulos, uno de pie y otro tendido (figura 2ª). Son dos figuras iguales desde el punto de vista geométrico; por lo tanto, debieran producirnos la misma impresión estética, si lo decisivo en ésta fueran solamente las relaciones geométricas de los lados. Pero, en realidad, la impresión estética es completamente distinta a causa de la diversidad de los procesos de endopatía, diferentes según miremos uno u otro

de los rectángulos. El rectángulo en pie se levanta firmemente sobre su base, como impelido por una fuerza interior; en las líneas verticales se manifiestan dos fuerzas que tiran hacia arriba y que son detenidas, como por un obstáculo, por la línea horizontal. El rectángulo tendido está descansando sobre su base, y en tanto que el anterior vence la fuerza de la gravedad, éste se rinde a ella. Todo esto constituye la vida interior de las figuras, es sentido de modo inmediato y determina su impresión estética.

Lipps ha mostrado después, con incansable perseverancia e ingeniosas combinaciones, el decisivo papel que estos fenómenos de endopatía desempeñan en los objetos complicados del arte, especialmente en la columna dórica y sus partes constitutivas y en otras formas arquitectónicas, así como en las relaciones fundamentales del arte decorativo, en las cuales explicó los fenómenos de endopatía lineal y sus diversos casos. También ha caracterizado Lipps de un modo admirable la «línea moderna» con su dirección continuamente cambiante.

No podemos entrar aquí en otros detalles de la teoría de la endopatía, ni tampoco en las discusiones que se han trabado a su alrededor, sobre cómo se produce, si depende esencialmente de asociaciones de imágenes o de procesos de carácter más inmediato, si solamente endopatizamos con aquellas formas que tienen analogía con la forma y actitudes de nuestro cuerpo, si participan en ella las sensaciones orgánicas (y nuestras reacciones corporales inmediatas), etc., etc. Para nuestro fin tiene mayor importancia que, a pesar de estas discusiones, empiece a establecerse gradualmente una coincidencia y acuerdo sobre ciertos puntos principales de la teoría de la endopatía. Lo señalaremos en breves palabras:

1º Siempre que actúan fenómenos de endopatía, lo hacen de manera inmediata, es decir, sin premeditación y

sin reflexión consciente. Claro es que luego podemos hacerlos ascender a la luz de la conciencia y gracias a ella aclararlos y fortalecerlos, pero obran sobre nuestro placer o desagrado sin que nos demos clara cuenta.

2º Consideramos los fenómenos de endopatía, esto es, las fuerzas endopatizadas y los estados y sentimientos que a ella se asocian, como algo que reside en el mismo objeto, como algo que existe objetivamente. Así, por ejemplo, vemos que las columnas se yerguen y que la cornisa resiste su fuerza erectiva, sin que tengamos conciencia —por lo menos en tanto que no comienza nuestra reflexión analítica— de que, en rigor, estamos haciendo una interpretación puramente subjetiva de las columnas y de la cornisa.

3º Los fenómenos de endopatía son en cada caso de muy distinta clase y contenido, y esta diversidad depende principalmente de la diferencia del objeto y menos de las diferencias individuales del contemplador. Así, los fenómenos de endopatía consisten unas veces más bien en representaciones (como el juego de fuerzas mecánicas en las figuras geométricas y en la arquitectura), otras más bien en sentimientos y tesituras del ánimo, tal vez en afectos y aspiraciones, como a la vista de colores o al oír música, o en sensaciones orgánicas fundadas en las reacciones corporales inmediatas producidas al convivir un movimiento o una actitud (pero esto ha sido impugnado directamente por Lipps).

Aunque no cabe duda de que en la impresión estética se dan fenómenos de endopatía las más de las veces, y que en ocasiones concurren a determinar la impresión de un objeto estético, sin embargo no puedo admitir que sean lo esencial, el proceso fundamental o meollo del deleite y agrado estéticos, por las siguientes razones:

a) Dichos fenómenos están en el mismo plano que las leyes de Fechner acerca de las relaciones espaciales y las

combinaciones de colores; es decir, tienen gran importancia para la placibilidad de las relaciones estéticas elementales y elementos de una obra de arte; pero en todo goce estético elevado su importancia es subordinada y, por regla general, la impresión total de una obra de arte no resulta de su mediación (en estos casos, por el contrario, desempeñan el papel decisivo representaciones y juicios claramente conscientes). Cuando, por ejemplo, nos deleitamos estéticamente con una poesía lírica o una novela, cierto es que concurren también algunos fenómenos de endopatía, con el ritmo y el sonido de las palabras, otros más elevados con el tono sentimental y figuras imaginarias de la novela (que están, empero, condicionadas por un juego tan determinado de representaciones imaginativas que ya no puede dárseles el carácter de endopatías inmediatas). Pero el efecto principal de la poesía o de la novela depende de otros procesos distintos, sobre todo de que siga claramente la conexión de la novela, que comprende las causas de los actos de los personajes, que observe el modo y manera cómo estos actos se desenvuelven y entiendo la coherencia interior y la verdad de los sucesos descritos, etc., etc. Ahora bien: nada de esto es endopatía en el sentido de Lipps pues todo ello se funda sobre un claro representarse de mi fantasía—que se vale de asociaciones de imágenes determinadas, conscientes— y sobre la actividad de la reflexión intelectual que nos revela el valor estético de la obra de arte. El valor sentimental de la novela depende, a su vez, en gran parte, de estos elevados procesos intelectuales y la convivencia inmediata del lector con la obra forma, por así decir, el subsuelo o fondo general sobre el cual se levanta esta actividad de nuestra fantasía y de nuestro pensamiento. Aun en impresiones estéticas como las de la arquitectura, todo placer subido y el juicio sobre el valor estético de la obra descansan sobre representacio-

nes de tal suerte claras, definidas y conscientes, que no pueden ser alcanzadas por intermedio de un proceso de endopatía. Veo, por ejemplo, que las distintas partes del edificio guardan una bella proporción, que el objeto a que se destina el edificio se expresa claramente al exterior, que los elementos decorativos no dañan con su exuberancia el cuerpo arquitectónico. Al mismo tiempo pueden darse también numerosos fenómenos de endopatía con las partes constitutivas y más elementales del edificio, como las columnas, los muros, el techo, etc., que pueden robustecer o debilitar en ciertas circunstancias aquella impresión principal; pero esto no quiere decir que ésta dependa de tales fenómenos.

b) En la complicada impresión estética de conjunto de una obra, los procesos de endopatía pueden entrecruzarse con otros elementos estéticos, ser extinguidos o vigorizados por éstos, o bien robustecerse o estorbarse ellos mismos entre sí. Consiguientemente, los procesos de endopatía no pueden ser los únicos determinantes. Así, por ejemplo, los fenómenos de endopatía producidos por los versos cortos del *Fausto* cooperan a veces de un modo subalterno a la impresión integral de la poesía, a veces se adelantan hasta el primer plano, y también ocurre que otras veces ceden y desaparecen tras la impresión del contenido, mostrando claramente de esta suerte que constituyen un elemento secundario de la impresión estética integral.

c) Aún más importante es el hecho indiscutible de que los fenómenos de endopatía son *un elemento general que nunca falta en todas nuestras percepciones sensibles y que, por lo tanto, no puede atribuírsele una significación específicamente estética*. Justamente por esta razón se dan en todas las intuiciones estéticas, pero *no constituyen lo específicamente estético*; influyen simplemente en el

deleite estético de un objeto percibido en el mismo sentido que los restantes procesos constitutivos de la percepción. El análisis de cualquier percepción nos puede persuadir de que ésta contiene numerosos fenómenos de endopatía que se dan siempre aun en los casos en que no gozamos estéticamente de las cosas o las aprehendemos por su calidad artística. Por ejemplo, toda nuestra simpatía por los hombres y los animales y por toda la naturaleza orgánica descansa en que continuamente nos transferimos en su interior y no podemos desasirnos en modo alguno de ellos. Esta extensión general de los procesos de endopatía a toda nuestra actividad perceptiva no ha escapado, claro está, a la atención de los psicólogos; por esta razón, Lipps y Volkelt han intentado diferenciar por caracteres especiales y precisos los casos particulares de endopatía estética del fenómeno general de endopatía¹. Pero no me parece que hayan llegado a demostrar una especial endopatía estética.

E. MEUMANN.

Sistema de Estética, "Calpe".

Traducción de Fernando Vela.

1. Respecto a este neologismo, he de hacer las mismas consideraciones expuestas al usar el de "vivencia". Entre el inconveniente del neologismo y el peligro de perderse la precisa significación terminológica en largas perífrasis, que habían de ser diferentes en cada caso, prefiero arrostrar aquél. La palabra alemana "Einfühlung", cuyo sentido exacto se deduce del texto, ha sido traducida por "endopatía", vocablo análogo en su construcción a "simpatía" y "antipatía", en el que "endo" significa dentro, interior; de modo que "endopatía" quiere decir "sentir por dentro". Análogamente a "simpatizar con", formo el verbo "endopatizar con". (N. del T.) La nota sobre vivencia, a la que se refiere el traductor, es la siguiente: Con frecuencia se encontrará en esta traducción la palabra "vivencia" o la frase "lo que el artista ha vivido". Por "vivencia" he traducido la palabra alemana "Erlebnis", así como por la frase "lo que el artista ha vivido" la equivalente "das Erlebte". El traductor acaso pudiera haber evitado el uso del neologismo "vivencia" por medio de largas perí-

frasis; en cambio, perderíase el carácter preciso y terminológico del vocablo. Entre ambos inconvenientes he creído mejor afrontar el primero, conservando el contenido exacto de la terminología. La palabra "vivencia" para traducir "Erlebnis" ha sido introducida por primera vez por D. José Ortega y Gasset, bajo cuya autoridad filológica me cobijo para el uso de este término. Véase lo que decía en la *Revista de Libros* (número IV, setiembre 1913) en un artículo titulado "Sobre el concepto de sensación":

"Aprovecho esta ocasión para pedir auxilio en una cuestión terminológica a los que se interesan por la filosofía española si, como yo creo, filosofía española significa sólo la filosofía expresada en vocablos que sean para españoles plenamente significativos. El caso a que ahora me refiero es tanto más curioso cuanto que se trata de un problema que hoy ha conquistado la atención de toda la filosofía alemana, y, sin embargo, hace muy pocos años —no llegarán a cincuenta— hubieron los pensadores alemanes de buscar o componer de nuevo una palabra con qué expresarlo. Esta palabra "Erlebnis" fué introducida, según creo, por Dilthey. Después de darle muchas vueltas durante años esperando tropezar algún vocablo ya existente en nuestra lengua y suficientemente apto para transcribir aquélla, he tenido que desistir y fabricar una nueva. Se trata de lo que sigue. En frases como "vivir la vida", "vivir las cosas", adquiere el verbo vivir un curioso sentido. Sin dejar su valor de deponente toma una forma transitiva, significando aquel género de relación inmediata en que entra o puede entrar el sujeto con ciertas objetividades. Pues bien: ¿cómo llamar a cada actualización de esta relación? Yo no encuentro otra palabra que vivencia. Todo aquello que llega con tal inmediatez a mí yo que entra a formar parte de él, es una vivencia. Todo el cuerpo físico es una unidad de átomos, así es el yo, o cuerpo concio, una unidad de vivencias. Como toda palabra nueva, reconozco que ésta es mal sonante. Sin embargo, existe ya en composiciones, como *convivencia*, *pervivencia*, etc., y sigue formas análogas. Así: de existir, existencia; de sentir, sentencia. Cierto que el Diccionario académico no trae aquellas formas compuestas, lo que me hace temer si serán un poco exóticas. Ruego, pues, a los filólogos que se interesen por esta consulta. En tanto que no se encuentre otro término mejor seguiré usando vivencia como correspondiendo a "Erlebnis".

Réctame advertir que "vivencia" puede referirse lo mismo a una intuición sensible que a una figuración de la fantasía; de igual modo puede "vivirse" una sensación o situación real que una imaginaria. Para la comprensión de la teoría estética que sigue es de gran importancia esta advertencia. — (N. del T.)

Adivinanzas tradicionales

La adivinanza tiene la esencia de la metáfora. Es el enunciado alegórico, breve y generalmente rimado, de una idea, ser, cosa o acontecimiento. De dos caminos, el uno recto, intrincado el otro, ha preferido éste, de tal manera que el ingenio y el sentido de orientación mental sean puestos a dura prueba, cayendo a menudo en el riesgo de equivocarse totalmente la solución.

Las documentaciones acaudaladas por la investigación científica evidencian que existe un fondo de ideas y de sentimientos común a todos los pueblos del mundo, los cuales se manifiestan en forma paralela en cuanto a su origen psicológico, pero que asumen en sus apariencias, tonalidades distintas que revelan el grado de cultura alcanzado por cada uno de esos pueblos. Prácticas rituales, los mitos que las explican. Los cuentos en que éstos se convierten al perder su influjo religioso; la magia, las supersticiones, ciertos conceptos fundamentales de moral, vinculan a la sociedad humana en la idéntica fuente que los inspira. Los contactos culturales han llevado ideas, usos y costumbres al través de grupos sociales distantes y han modificado normas seculares, es verdad; pero ello no contradice la existencia de esa unidad psíquica que hace florecer en las latitudes más opuestas y entre razas diferentes un impulso de religión, de arte, de modo de vivir, consonante en la sustancia, en la esencia, en la finalidad.

Los impulsos primarios en que luego se define la adivinanza, no se manifestaron en las diversas zonas geográficas del mundo como consecuencia obligada de contactos culturales. Surgieron en todas ellas como resultado de un clima espiritual y mental semejante, tal como cier-

tas plantas brotan y medran aquí y allá a favor de determinadas condiciones químicas del suelo, iguales en un lugar y en otro. No hay trasplante. Hay germinación natural. De ahí que las adivinanzas —llámeseles alegoría, enigmas, problemas, cuestiones, todo pertenece al mismo parentesco— cuyo cultivo confunde sus orígenes con las penumbras de la historia egipcia, como se verá más adelante, y prevalece hasta hoy, tengan arraigo, lo mismo en los medios más cultos de Europa y América que entre los núcleos más primitivos de África y Oceanía.

La adivinanza fué, a mi juicio, una actitud espontánea de los pueblos. ¿Qué función inicial tuvieron en las sociedades? ¿Asumían predicamentos de disciplina magistral? ¿Integraban el formulismo litúrgico y mágico? ¿Constituían un pasatiempo? ¿Fueron como las actuales en su estructura?

La información científica responde afirmativamente en todos los casos, y ofrece testimonios que incluyo en el transcurso del presente estudio.

Esta antiquísima y universal tendencia del hombre a dar apariencia alegórica a ciertas actitudes y pensamientos, pervivió entre indios de nuestro país. Un pedido de alianza guerrera no se hacía siempre mediante los discursos y tratados usuales entre los araucanos. La tribu interesada enviaba a la otra su mensajero llevando una flecha. Si ella era aceptada, el pacto militar no requería más sello. Si era devuelta, la unión no había merecido aprobación. Y, si la flecha se devolvía quebrada, era signo de que la tribu se consideraba enemiga.

Paralela, pues, a la expresión verbal y al lenguaje escrito, existe con antigüedad no alcanzada, esa otra forma de exposición de ideas y sentimientos que se intuye al través de actividades peculiares y de objetos con apariencias predeterminadas.

Compartir la pipa humeante significa entre los indios pieles rojas, concertar vínculos de amistad. En otros me-